



I Certamen Literario Internacional "Gloria Fuertes y el mundo de los árboles"



Agradecimientos

La Asociación Moral y Acción Verde reconoce y agradece la participación de todos los que de alguna manera han dejado su huella artística en este libro: escritores de cualquier lugar del mundo, entusiastas del dibujo y fotógrafos improvisados, sin cuya colaboración nada hubiera sido posible.

A los miembros del Jurado por la generosa dedicación de su tiempo.

A todos los defensores de la naturaleza cuyo empuje y compromiso dio lugar a esta iniciativa.

A las asociaciones con las que compartimos la voluntad de trabajar, cualquiera que sea la forma, por la preservación y el cuidado del medio ambiente, y muy especialmente a la Casa Vecinal de Tetuán (Madrid, España) y a Putaendo (región del Aconcagua, Chile), inspiración y modelo de nuestro certamen literario.

Y, sobre todo, a los protagonistas de las imágenes: nuestro vecindario, personas llenas de fuerza y decisión para luchar contra las injusticias medioambientales; y, cómo no, los morales, los brachychiton y los ficus de La Cala del Moral, a los que un mal día hicieron desaparecer de la calle principal y permanecen en la mirada nostálgica de todos nosotros.

I CERTAMEN LITERARIO INTERNACIONAL

GLORIA FUERTES

Y EL MUNDO DE LOS ÁRBOLES

I Certamen literario Internacional
“Gloria Fuertes y el mundo de los árboles”
Asociación Moral y Acción Verde
La Cala del Moral (Málaga –España)
<https://moralyaccionverde.com>
info@moralyaccionverde.com
Febrero 2022

Imagen de portada: Lola Sánchez
Imagen contraportada: M. Ángeles Jiménez

I CERTAMEN LITERARIO INTERNACIONAL

“GLORIA FUERTES Y EL MUNDO DE LOS ÁRBOLES”

La *Asociación Moral y Acción Verde* está formada por un grupo de vecinas y vecinos pertenecientes al municipio de Rincón de la Victoria (Málaga).

Los fines de la Asociación son:

1. Velar por el bienestar, integración social y salud del ciudadano desde el punto de vista holístico.
2. Fomentar la protección, conservación y defensa del medio ambiente urbano y periurbano.
3. Incentivar el cuidado adecuado y respetuoso del medio ambiente urbano y natural.

Para la consecución de esos fines organizamos actividades que contribuyen a la defensa de la salud, la cultura y el medio ambiente.

En septiembre de 2020 el gobierno municipal de Rincón de la Victoria decidió proceder a la tala de 87 árboles en la avenida principal de nuestro pueblo, La Cala del Moral (perteneciente a Rincón de la Victoria), entre ellos las moreras que daban nombre e identidad a la localidad, para sustituirlos por cocos plumosos. La presencia de este tipo de palmera foránea, además de otras consecuencias negativas como es la dramática reducción de las superficies en sombra, de las que tan necesitados estamos en este parte de la costa mediterránea, trae consigo una desagradable invasión de especies, cotorras argentinas fundamentalmente, que desplazan a los pájaros autóctonos que antes nos alegraban con sus cantos y contribuían a combatir las plagas de insectos.

La tala de nuestros emblemáticos árboles se ejecutó desoyendo las protestas del vecindario y de los técnicos medioambientales y contando con una numerosa presencia policial en contra de vecinos pacíficos, entre los cuales mujeres, niños y personas mayores fueron los principales protagonistas.

El desprecio absoluto a la voluntad de todo un pueblo, el golpe a la biodiversidad urbana, el perjuicio ocasionado con la desaparición de sombras, la desprotección frente a la contaminación, acentuada por la presencia a 1 km. de una cementera que incinera residuos como fuente energética, y la segura aparición de aves invasoras, nos movió a dar un paso adelante en la defensa de nuestra naturaleza urbana. Al cumplirse un año del desastre, convocamos este 1^{er} Certamen Literario Internacional para aglutinar la solidaridad respecto a las moreras y todo tipo de árboles talados por decisión de las autoridades municipales, invitando a cuantas personas lo desearan, de cualquier lugar del mundo, a enviar sus cuentos, relatos o poemas, bajo la temática de la defensa de la vida natural en estos momentos tan dramáticos de cambio climático.

La elección de Gloria Fuertes para dar nombre al concurso responde a nuestro deseo de homenajear a una de las mejores escritoras en español y gran amante de la naturaleza que residió en nuestro municipio por un tiempo. De hecho, la preciosa plaza de La Cala del Moral que fue testigo principal del arboricidio ya llevaba su nombre y en ella se dio cita el clamor ciudadano frente a una decisión tan perjudicial para todos.

El resultado de la convocatoria, reflejado en la participación de 145 trabajos, de los cuales el 44% procedían de Canadá, Estados Unidos, Cuba, diversos países de Sudamérica, Australia y Europa y el restante 56% de todas las Comunidades Autónomas de España, nos confirma el éxito de la iniciativa.

Con esta convocatoria cultural nos sumamos a todas las asociaciones, organizaciones y personas que defienden y preservan sus comunidades, su naturaleza y su vida, desde esta comarca de la Axarquía, contando con nuestra historia y la voluntad de defender nuestro territorio y nuestro futuro.

PRÓLOGO

El libro que tienes entre las manos, o en la pantalla de tu ordenador, o de un dispositivo móvil, es el fruto de muchas casualidades de esas que no existen, de muchas magias que han ido confluyendo, de pequeñas experiencias de esas que desprecian las grandes corporaciones multinacionales, los amantes del poder y del dinero.

Este libro por el que hoy viajas proviene del esfuerzo de muchas mujeres y unos pocos hombres en torno a la defensa de la vida, la vida de unas cuantas moreras que dieron nombre al pueblo La Cala del Moral y que han sido brutalmente taladas por las autoridades municipales del Rincón de la Victoria (Málaga).

Muchas mujeres y algunos hombres, la sal de esta tierra, que contra todo pronóstico se han rebelado contra esa superchería de modernidad que consiste en plantar avenidas de palmeras iluminadas, acordes con las ansias de turismo y especulación de los promotores inmobiliarios, a los que se deben, a los que se entregan, esos políticos aduladores y seguidistas empeñados en promover estas plantaciones caribeñas en nuestras tierras.

Supieron estas mujeres de un lugar llamado Tetuán de las Victorias, en Madrid, donde el vecindario se ha revuelto contra el intento de bancos, constructoras y grandes inmobiliarias que quieren hormigonar amplias superficies de vías de tren y demoler barrios enteros, para construir proyectos urbanísticos faraónicos a los que llaman Nuevo Norte, o Paseo de la Dirección y se hermanaron con aquellas mujeres y hombres que defendían una humilde morera asediada por la especulación.

Y supieron también de la ciudadanía insumisa de un pueblecito chileno llamado Putaendo que defendían su valle de las explotaciones mineras de una corporación canadiense. Aquellas gentes convocaron un encuentro, certamen literario, convocatoria internacional de relatos y poemas, para defender su valle de la destrucción del paisaje y el envenenamiento de las aguas.

Animadas por esa experiencia, aquellas a las que llamaban Las Locas de la Cala, como a otras las llamaron un día Las Locas de la Plaza de Mayo, se decidieron a convocar un premio literario que tuviera que ver con la defensa de la vida, de las personas, de la naturaleza, de los árboles.

Le dieron vueltas y decidieron que su certamen llevara el nombre de aquella gran poeta llamada Gloria Fuertes, enamorada de estas moreras a las que dedicó el hermoso poema ‘El gusano sano’, en cuyo hermoso final la escritora quiso dejar escrita toda una declaración de principios:

“Cuando se desea mucho una cosa,
se consigue la cosa, hermosa.”

En próximas ediciones el encuentro de poesía llevará el nombre de Gloria Fuertes y el de relatos el de Almudena Grandes, otra de las grandes mujeres que nos ha dejado recientemente, para quedarse en cada uno de sus libros, alimentando nuestras memorias, convocando nuestro agradecimiento.

El libro que ahora te acompaña es el fruto de la participación de muchos ciudadanos y ciudadanas de todo el mundo que decidieron enviar sus relatos y sus poemas sabiendo que no recibirían un premio económico, sino ser seleccionados para ser leídos y editados, convertirse en ladrillos para construir un inmenso muro cultural contra el adocenamiento, la miseria y el amor al dinero y el poder.

En tiempos marcados por la crisis económica, por un descontrolado cambio climático y por el miedo a sucumbir a una pandemia, a alguna de sus variantes, o a cualquier otro desastre natural, o humanamente fabricado, consuela y anima ver que hay personas que siguen creyendo en el mensaje que un buen día nos legó Ernesto Sábato:

“Sí, muchachos, la vida del mundo hay que tomarla como una tarea propia y salir a defenderla. Es nuestra misión. No cabe pensar que los gobiernos se van a ocupar. Los gobiernos han olvidado, casi podría decirse que en el mundo entero, que su fin es promover el bien común.”

Somos nosotras y nosotros, es nuestra solidaridad, la que defiende la vida y se hace responsable del dolor de los demás, de cualquier ser vivo, aún en momentos de falta de esperanza, aún en tiempos de fracaso.

Los que combatimos contra las falsas esperanzas, contra un falso crecimiento infinito que nos intenta hacer creer en la posibilidad absurda de terraformar Marte, mientras agotamos los recursos de la única Tierra que tenemos.

Eso es lo que puedes esperar de este libro, de estos poemas, de estos relatos venidos de los cuatro puntos cardinales, compuestos por mujeres y hombres, niñas, niños, personas de todas las edades. Que te ayuden a sacar fuerzas de flaqueza, vacunarte contra la resignación, cantar no sólo bajo la lluvia, sino en mitad de la derrota.

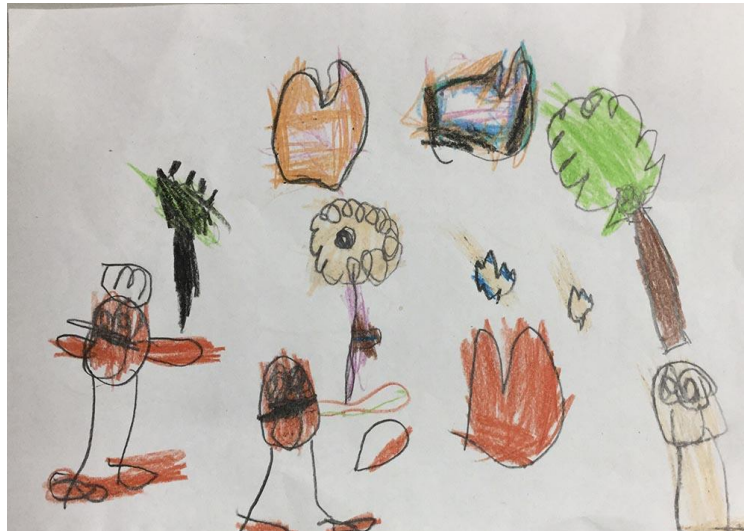
Esa es nuestra manera de ganar, esa es la decisión firme de escribir nuestra historia, el relato de nuestro pasado. Esa es nuestra victoria, la victoria de las moreras.

Disfruta de la lectura. Defiende la vida.

Francisco Javier López Martín

Escritor

CONCURSANTES
HASTA 14 AÑOS



LA MORERA

Yo conozco una morera, de la cual me habló mi abuela,
medía 15 metros, y podría ganar muchos trofeos.
Me habló de algo delgado, que sería verde claro.
Blancas y rosadas, así fueron sus enseñanzas.
Por el norte en abril, tú las puedes descubrir,
y sus moras moreras, en mayo es lo que meriendas.
De eso me habló mi abuela,
de las moras,
de la morera.

Carolina Castineiras Togoí
Cabezo de Torres, Murcia (España)



¿QUÉ SERÍAMOS SIN LOS ÁRBOLES?

Hacía días que nadie me visitaba. Todo era distinto desde aquella noche, en la que el verde de mi entorno se tornó gris. Me sentía infausto al ver cómo las llamas del fuego abrasaban todo lo que encontraban a su alrededor. No quería pensar en lo que ocurría en aquellos instantes y recordé mis primeros días de vida.

Era un pequeño brinzal, en un lugar extraño. Tuvieron que pasar los días para habituarme a las asiduas visitas de humanos, y a la compañía de otros jóvenes árboles que también habían brotado.

Todos los días, niños y niñas acudían a visitarme. Me observaban, admirados de lo mucho que había crecido aquella semana. Pero, lo que más me gustaba de ellos era su agradable expresión en los labios. Lo que los humanos llaman sonrisa.

El abuelo, como le llamaban los niños, todas las mañanas me regaba con agua. Estoy seguro de que él fue quien me convirtió en el árbol sano y recio que soy hoy.

Me encanta dar cobijo a las ardillas, que los pájaros construyan sus hogares sobre mí, dar sombra a todo el que la necesita, y amortiguar la fuerza del viento y la lluvia.

De pronto, cuando ya creía que no era posible, aparecieron todos, pues el fuego había cesado. Aparecieron los niños, el abuelo, y todos los demás vecinos. Hacía minutos en los que sentía el calor demasiado cerca, pero todo parecía haberse acabado.

En ese instante solo estaba yo, cubierto de cenizas. Y así, decidieron plantar más higueras, moreras, fresnos y olivos; sabiendo que los que provocaron aquella terrible noche ya se darían cuenta de su error. ¿Quién si no nos daría fruto?, o ¿quién disminuiría la contaminación mejor que ellos?

Martina Moyá Pagán

Valencia (España)

87 HERMANOS PERDIDOS

Hace 1 año perdí a 87 familiares, hermanos de esta vida, primos, tíos y demás familia. Compartíamos todo, la luz del sol que tanto disfrutábamos juntos al amanecer. Cuando, de repente, de esa cosa azul de arriba, surgía agua de la nada. Agua llena de alegría, de felicidad, fresquita; los pájaros que por la mañana me despertaban con sus cantos; el sonido del viento que recorre mis ramas entrelazándose.

Ese día, el día que les dije adiós por última vez, el día que todo cambió, vinieron unos objetos enormes haciendo mucho ruido. Poco a poco se acercaban más y más a mis familiares, primero uno, luego otro... y así con 85 más. Solo quedaba yo, hundido en la miseria. Estaba solo.

A la mañana siguiente, los pájaros no cantaban, el sol no iluminaba y la soledad era cada vez más y más grande. Cada minuto que pasaba se me hacía un vacío muy grande. ¡Todos esos años juntos! Y ahora....

Pasaban los días, cada vez estaba peor y me sentía con menos energías para seguir viviendo. Mis hojas se marchitaban y ya no eran el verde esplendoroso de antes. Se estaban oscureciendo, poco a poco, se caían.

Al cabo de unas semanas, me quedé desnudo y sin el calor de las hijas que me arropaban. El viento cada vez era más fuerte, y mis ramas se agitaban como nunca antes lo habían hecho. Tampoco ya se posaban a cantar los pájaros en mis ramas. Pero lo que más echo de menos es el sonido que hacía el viento al chocar con mis hojas. Nunca se me olvidará.

Nunca comprendí ¿por qué?, ¿por qué ellos y no yo? En la vida la suerte es importante, pero en mi caso, esta suerte no me ha ayudado. Ahora me siento solo, sin compañía, sin nadie con quien disfrutar el viento, la lluvia, las bonitas vistas y... sobre todo, ¡los pájaros!

¡Qué solitaria es la vida sin alguien con quien compartirla!

Ángela Rivaya Fernández - Gijón (España)

LA HOJITA

Somos hojas. No nos dan mucha importancia, sólo se preocupan de los árboles, pero sin nosotras el árbol no podría vivir, ya que le damos el oxígeno que necesita; aunque se lo damos encantadas, porque es nuestra madre, y sin ella no existiríamos.

Yo acababa de nacer, apenas tenía un día y quería mucho a mi madre árbol, pero hubo un fuerte viento, me agarré con mucha fuerza a la rama y entonces me desenganché. En ese preciso instante recordé mi nacimiento, recordé todos los días que pensaba que iba a vivir pegadita a mi árbol. Cuando me vi cayendo de la rama hacia mi destino, supe que se esfumaba toda la vida que pensaba tenía por delante. Me quedé tirada en el suelo en un charco de barro. En ese mismo instante vino una persona, me pisó y entonces dijo: “¡Ah qué asco he pisado un charco!” Con desprecio se restregó en la acera y a continuación se fue hablando de lo que le había pasado a su amiga diciendo algo así: “¡Que fuerte!, he pisado un charco, y se me pegó algo que pensaba era una caca y resulta que tenía un hoja muy fea y asquerosa...”. ¡Ay!, ojalá me entendieran... ¿Sabes...?, las hojas sabemos hablar, pero nadie nos oye porque la gente confunde nuestro lenguaje con el sonido del viento. Cuando me pisó grité desesperadamente diciendo que me soltara, pero claro... no me escuchó.

Ya han pasado unas horas, y la gente pasa de largo, a pesar de mis gritos. El último que me vio, me volvió a pisar sin ni siquiera darse cuenta, pero afortunadamente no me quedé enganchada a su zapato. Pasaron unos minutos y de repente una niña me vio y me cogió diciendo: “Una hoja, está sucia, pero servirá”. Me cogió y me llevó a casa. Yo estaba gritando: “Suéltame por favor soy muy joven, acabo de nacer, no me pongas peor de lo que ya estoy”. Pero sin oírme me siguió agarrando hasta que me llevó a su casa. Una vez allí fue al lavabo y, para mi sorpresa, me lavó, me puso tiritas en mis rasguños, y me puso en una pila de hojas. Hablé con una de ellas, la conversación fue así:

-Hola. ¿Tú sabes que va a hacer la niña con nosotras?

-Pues no sé, a mí me encontró en la acera al caer de mi árbol.

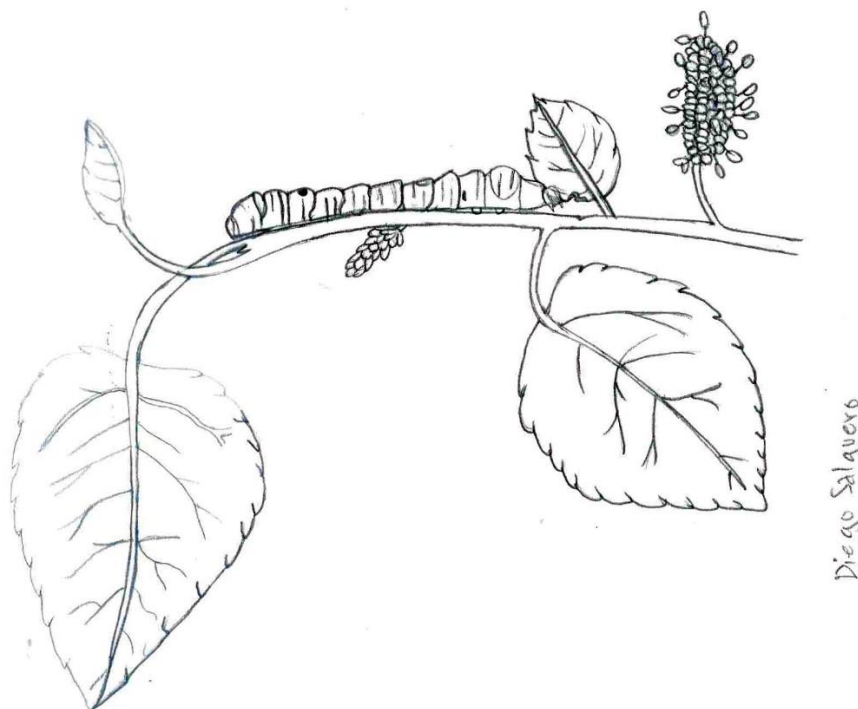
-Sea lo que sea no será nada malo no te preocupes.

Estuvimos esperando un poco hasta que nos cogió a todas, y nos puso en... ¡la cabeza de un muñeco de nieve!

A partir de ese día pasé de alimentar a un árbol, a alimentar a un muñeco de nieve... ¡Pues sí! los muñecos de nieve también tienen vida, pero eso es otra historia.

Giulio Romanelli Esteban

Zaragoza (España)



Diego Salguero

LA TALA DE LAS MORERAS

Había una vez un gusano de seda que acababa de llegar del napiólogo porque tenía la napia roja.

¡¡Cuando llegó a su morera... vio de repente que estaban talando todas las moreras!!

Sus amigas y amigos estaban aterrorizados.

Entonces, el gusano de seda propuso ir todos al Ayuntamiento a denunciarlo, y así fue.

Todos los gusanos de seda que vivían en las moreras de La Cala del Moral se juntaron en un grupo muy numeroso, yendo a manifestarse y a denunciarlo al Ayuntamiento.

El alcalde no sabía qué hacer... Finalmente decidió que plantarían de nuevo las moreras.

Todos los gusanos de seda estaban súper alegres, vivieron felices y comieron moreras.

Kai Rebollo Ryan

Dúrcal, Granada (España)



MAGIA POR NATURALEZA

PRIMAVERA

Escucho pájaros cantar, que con sus alegres canciones invitan al bosque entero a bailar.

Los árboles mueven sus hojas sin parar, sacudiendo el rocío de la mañana que cae sobre hermosas plantas que se dejan mojar.

El sol sale para alumbrar, las flores relucen, el bosque entero empieza a brillar. Es la llamada de la primavera, no es más.

VERANO

El calor empieza a sofocar. Los árboles con sus resistentes ramas se doblan para en el río poderse mojar. La cigarra comienza a estridular, haciendo que su sonido irrite cada vez más.

Las flores debajo de las copas de los árboles se ocultan ya, para en la sombra poderse quedar; hasta que una ráfaga de aire se lleve la sequía, el calor intenso; y lo reemplace por una sensación fresca del viento.

OTOÑO

Las hojas marrones de los árboles ligeramente caen. Las hadas en las flores se comienzan a esconder, pues la época de frío empieza a aparecer.

Los pájaros dejan de piar, las cigarras dejan de estridular. El verano quedó atrás. Ahora llega el otoño sin parar.

A los árboles comienzan a podar, y de sus pobres ramas para siempre se olvidarán. Ellos lloran sin parar, y el bosque entero se inundará.

INVIERNO

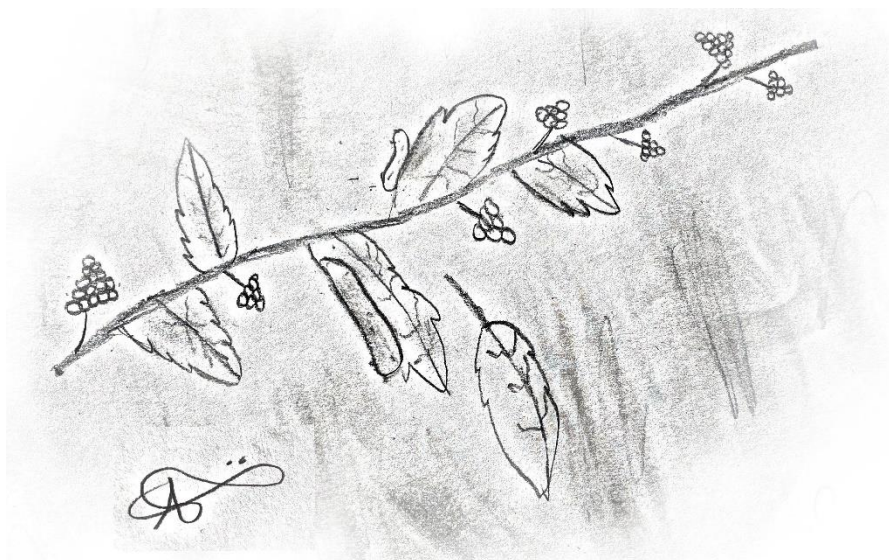
Copos de nieve caen desde el cielo. El silencio llena por completo el corazón del bosque. La nieve desciende lentamente entre las ramas de los árboles.

A pesar de la densa nieve, las hadas hacen su aparición, para hacer adorables muñecos de nieve. El invierno llegó, el invierno ya estaba; ¡el invierno comenzaba!

La naturaleza sufre a menudo de deforestación y contaminación. Pero ella siempre busca una salida para seguir tan viva y bella como siempre. La vida siempre se abre camino. ¡Cuidemos y respetemos a nuestra Madre Naturaleza!

Esther Monge Lobo

(España)



RELATO GLORIA FUERTES

La brisa de verano me recordaba a los veranos que pasaba con mi abuelo recogiendo moras en el campo que había detrás de la casa del pueblo. Los buenos tiempos, las risas, las buenas caras.

Añoraba todo eso.

La sombra que daban los naranjos en el porche, y que nos daban ese estupendo zumo de naranja perfecto para beber, después de un plato de lentejas de la abuela.

Quería revivir todo eso, todo aquello que no podía sentir en la gran ciudad donde ya casi no quedaban árboles para pintar.

Llegué pensando que todo iba a estar como lo recordaba, pero no fue así. Todo estaba... vacío.

Abrí la doble puerta de madera oscura chirriante, en cuanto entré, la humedad dominó mis sentidos. Me adentré en la sala de estar y vi allí a mi abuelo consolando a mi abuela. Y entonces me vieron.

-¡Oh Sol, hija mía! -exclamó mi abuela- ¡Dame un abrazo!

-¿Qué ha pasado abuela? -pregunté. Ella miró a mi abuelo con los ojos aguados.

-Lo han quitado todo, los naranjos, las moreras... -Al escuchar esa palabra salí corriendo hacia el campo de atrás. La habían quitado, estuve toda mi infancia cuidando esa morera.

-¿Qué sería ahora de todas las personas que vivían de vender los frutos de la tierra?

*María Gil Vizcaíno
Espartinas, Sevilla (España)*

SI PUDIESE HABLAR

Allí estaba yo, una simple moral. De repente, empecé a sentir los movimientos de los arboles a mi alrededor, mandando señales de petición de ayuda y cuidado. Intenté moverme; pero ¿para qué?, si solamente soy un árbol, y sé perfectamente que eso era imposible. Uno por uno fueron cayendo mis amigos hasta llegar a mí, por razones que nunca sabré. Os proporciono comida, oxígeno, y sitios donde puedan vivir vuestros animalitos, así como desarrollar sus ecosistemas, y me devolvéis el favor cortándome por mis ramas. Personalmente me da igual, incluso podría llegar a entenderlo, pero... ¿no podríais ver que estáis matando más a vosotros mismos que a mí...? Hay otras maneras de hacer lo que queráis sin necesidad de traicionaros a vosotros mismos.

Si pudiese hablar, diría que sé que no sois tontos, y que sois capaces de hacer invenciones maravillosas. Entonces me pregunto: ¿Por qué no inventar algo que ayude a solucionar esto de otra manera? Lo peor es saber que no soy el único, también lo estáis haciendo con las aguas, bosques enteros, ecosistemas, matando todo un paraíso en el proceso de vuestro desarrollo incontrolado. ¿De qué sirve poner una historia en las “redes sociales” si después miráis para otro lado y echando otra red por el mundo, arrasáis con todo lo encontraréis por medio?

Decir palabras vacías es fácil, lo que no es fácil es actuar. Pero quiero deciros, y quisiera que sepáis de una vez, que la tierra no necesita humanos para seguir, pero los humanos a la tierra SÍ.

Si pudiese hablar, gritaría esto que digo desde lo más alto; y a lo mejor así, nos dejaríais vivir y respirar sin tener miedo a vivir en este planeta. A lo mejor de esa manera os daríais cuenta de ello. CLARO, TODO ESO SI PUDIESE HABLAR...

Tempest Troter

Sevilla (España)

(SIN TÍTULO)

Los cabellos danzantes al son del viento jugaban divertidos sobre sus ojos. Sus fuertes y firmes piernas sujetaban su cuerpo vestido con una fina prenda de seda que acariciaba dulcemente el plano abdomen de la joven, mientras dejaba que los tímidos hombros asomasen curiosos, bañándose con la cálida luz que el sol brindaba.

El tintineo de las moreras vestidas de sus mejores galas junto el susurro del aire que se colaba por las madrigueras y despertaba a las fieras, creaba una sinfonía que anonadaba los sentidos y cumplía con cualquier utopía.

La chica balanceándose bajo las copas que se mecían al compás de su falda, llegó hasta las orillas del pacífico río, el cual murmuraba secretos de los peces y cervatillos que le obsequiaban con su presencia.

Con gracia, internó primero un pie en las frías aguas y a continuación el otro, dejando que un escalofrío recorriese su columna acompañado de una melodiosa risa.

La tranquilidad del bosque era gozada por la parda ninfa y sus pequeños acompañantes cuando el grito de una tragedia silenció las alegres voces, sustituyéndolas por el sonido de la angustia, el terror y las lágrimas de quienes observaban.

La escena, en milésimas de segundos, se tornó de lo más macabra cuando la joven se desplomó en la orilla. Unos hombres armados con escopetas, autoras del estruendo causado, se acercaron al cuerpo que yacía exánime bajo la sombra de las moreras. Estas comenzaron a lamentarse angustiadas cuando los atacantes se retiraron con el cuerpo de su amada. Tras ese momento, las moreras lloraron durante soles y lunas su pérdida, advirtiendo que su fin iba a acercarse.

Angela Borrego Vazquez

La Puebla del Río (España)

SOY PALOMA

El día de mi cumpleaños mi mamá me regaló un viaje a las Cataratas del Iguazú en avión. No se imaginan lo que sentí en ese momento. Sólo faltaban tres días, pero no se pasaban más. Al final, después de muchas averiguaciones sobre el lugar que íbamos a visitar, y de armar las valijas, llegó el gran momento. Salimos a la madrugada y, como yo no pude pegar un ojo en toda la noche, dormí desde que llegué al aeropuerto.

Cuando llegamos, entramos a un edificio muy grande, lleno de gente que se reía, y con muchos asientos azules como el cielo. Después de hacer los trámites, finalmente, subimos al avión. Los nervios y la ansiedad me hacían traspasar las manos y mover los pies sin parar. Le di una mano a mi mamá y la otra a mi papá y escuché el mágico sonido de los motores que se encendieron. Cerré los ojos y por un momento me sentí una paloma con la oportunidad de volar entre las nubes. De ser un símbolo de libertad y paz.

De repente, un ruido raro, la gente mirando por la ventana y las azafatas caminando nerviosas. Nadie nos decía que estaba pasando, y nos empezamos a preocupar. Luego, nos avisaron que una bandada de palomas había volado hacia el motor y lo había dañado. ¡Mis pobres amigas las palomas! ¿Por qué habrán ido hacia el motor? ¿Habrán estado perdidas? ¿Desorientadas? ¿Le habrán talado los arboles donde hacían sus nidos? ¿Quién alimentará a sus pichones ahora?

Entre tristes y decepcionados, nos bajamos del avión. Yo tenía muchas ganas de llorar. El edificio ya no era tan grande, la gente ya no se reía y los asientos ya no eran tan azules.

Lo que más me entristecía era que todos parecían despreocupados, como si a nadie le importaran las palomas, o como si nadie pensara que también nosotros somos parte de la naturaleza, y que si no la cuidamos, un día, terminaremos también triturados entre las alas del motor de nuestra propia ignorancia.

Paloma Panero
Córdoba (Argentina)

UN HOMBRE Y SU MORERA

José se levantaba todos los días a las seis. Se duchaba y aseaba. Después se dirigía a la playa sin intención alguna de mojarse. Cuando llegaba a la arena se quitaba sus zapatos y paseaba por la orilla. De vuelta a casa siempre se paraba unos minutos en el mismo árbol. Aquella morera de fuerte tronco, que parecía recibirle alegremente. José se acomodaba bajo el árbol a la sombra y la miraba. Incluso algunos días le llevaba flores y otros agua.

Un día, un grupo de jóvenes que le había visto paseando por la playa, se fijaron en él cuando regresaba. Era un hombre de mediana estatura, avanzada edad y carnoso pelo. Allí sentado en la sombra parecía estar observando tranquilamente la playa, pero de repente, comenzó a hablar al árbol. Lina, una de las componentes de aquel grupo, se encaminó hacia él. Cuando llegó, José estaba contando a la morera lo que había visto en la televisión la noche anterior. Lina quedó impactada, y creyó que aquel hombre, que no se había percatado de su presencia, estaba loco. Decidida lo saludo y José perplejo, miró a la joven de oscuros ojos.

-¿Le ocurre algo? -le preguntó él.

Nunca nadie se había acercado a él. Lina quedó asombrada por las palabras y no pudo reaccionar a tiempo. Cuando fue a abrir la boca José se despedía de la morera tratándola de "cariño". El hombre sin acercarse a Lina caminó hacia la salida. Ella sin saber qué hacer se giró hacia sus amigos, que habían desaparecido.

A la mañana siguiente José volvió a llevar a cabo la misma rutina con la diferencia de encontrarse a Lina en las cercanías del árbol. Él, sin darle mayor importancia, se apoyó en el árbol. Lina se quedó inmóvil donde se había colocado, mientras José hablaba con la morera.

-Hola cariño -le dijo en voz baja-. ¿Qué tal has pasado la noche? ¿Has pasado frío?

Lina no sabía qué hacer. Las palabras de aquel señor al que veía por segunda vez eran las que un familiar muy cercano y al que tienes mucho apego te diría. La joven, curiosa, siguió a José hasta su casa. Esta se encontraba en el bajo de un corral de vecinos. Este entró sin

percatarse de Lina. Ésta, ansiosa por saber lo que al hombre le pasaba preguntó puerta por puerta.

-¿Sabe lo que le ocurre a su vecino de abajo?

Todas las respuestas fueron contundentes y precisas: NO, pero una fue la excepción.

Una mujer dicharachera, de unos ochenta años que vivía en el bajo de enfrente se extendió.

-A José no le ocurre nada, solo que está viejo y los recuerdos matan -dijo la señora con un tono de voz bajo.

Lina no entendía las palabras de la mujer.

-¿Sabe usted a lo que me refiero?

-No eres la primera ni la última que viene. Las cosas de viejos solitarios siempre llaman la atención. Además, la pobre Marta era muy conocida.

-¿Marta?

-Sí, su mujer. Murió hace unos años y le encantaban los árboles.

-No lo sabía. Lo siento mucho.

-José, el pobrecillo mío, va todos los días a verla. La mujer muy oportuna añadió: la jodía quiso morir con los árboles, y sus cenizas... ya tú sabes.

-Entiendo.

Lina quedó asombrada. Dio las gracias a la señora e hizo el recorrido a la inversa. Cuando llegó a la morera un grupo de vecinos del pueblo gritaban alejados por unas vallas. Una barbarie se estaba produciendo. Las moreras que se encontraban en la avenida iban a ser taladas. Lina se unió a la jauría, pero no pudieron hacer nada.

A la mañana siguiente José se dirigió al lugar donde debía estar la morera, más lo que encontró fue solo el hueco, donde debía estar la sombra de una joven mujer. Lina habría querido ir para dar la noticia al hombre.

-No se pudo hacer nada. La gente gritó e intentó frenarlo pero nada impidió la masacre -se disculpó Lina, para darle consuelo.

-Sabía que pasaría. Sólo venía a ver que querían hacer -dijo José acercándose al vano donde debía estar la morera.

Allí solo encontró una semilla verde y redonda. Habían plantado palmeras. No podía concebirlo. La planta más odiada por su mujer sería ahora el lugar donde ella yacería.

*Lola Zabala Hernández
Espartinas, Sevilla (España)*



VILLA ARBOLEDA

Érase una vez, un bonito pueblo llamado “Villa Arboleda”, un lugar fascinante dónde la naturaleza triunfaba por su abundancia. Río, montañas, árboles y animales convivían con los “villa arboledanos” en perfecta armonía. Los colores cambiaban en cada estación y los ciudadanos celebraban con una fiesta, cada principio de estación. Marta y Chloe, las hijas de un avaricioso constructor llamado Brutus, pasaban sus vacaciones en el pueblo, dónde se bañaban en el río, recolectaban moras de los árboles, observaban las aves y jugaban con los camaleones y cabras. Brutus no soportaba el pueblo, se quejaba del sonido de los animales, y de que los árboles ocupaban demasiado espacio. Por eso planeaba construir una extensa fábrica de papel y aprovechar la gran cantidad de árboles del pueblo para su negocio. Después de muchas negociaciones, consiguió ilegalmente comprar un área protegida, y planeaba que al fin del verano empezaría a derrumbar todos los árboles. El fin del verano llegó, y con él, las máquinas para talar los árboles. Marta y Chloe estaban despidiéndose del bosque, cuando de repente cabras, zorros, camaleones, flamencos y águilas se acercaron, como si quisieran decirles algo importante, y las condujeron hacia el terreno que su padre había comprado. Cuando llegaron, oyeron a su padre decir a sus trabajadores que podían empezar a talar sin piedad todos los árboles. Acto seguido, sus hijas y todos los animales del bosque les acorralaron. Las niñas suplicaron a su padre que no lo hiciera, puesto que era dónde se sentían conectadas con la naturaleza y que era de mucha importancia para ellos y todos los seres vivos.

Los animales revoloteaban, se agarraban y picoteaban a los empleados, imposibilitando el comienzo de la masacre.

Tras meditar, Brutus entendió que la vida de sus hijas y la de futuras generaciones, estarían en peligro, si actos similares ocurriera a menudo en el planeta Tierra. A partir de ese momento, sus hijas han sido su inspiración, y nunca más destruyó nada.

Sofía Fernández Hundertmark

Madrid (España)

LA VOZ DE LOS JÓVENES

Todos los días pasaba por la avenida camino del colegio. Al principio lo hacía solo con mi madre, y más tarde con mis amigas. Resulta que nunca nos habíamos fijado en las moreras, pero un día vimos con sorpresa que habían desaparecido.

Era un día caluroso de principios de septiembre, con casi treinta y cinco grados, y al volver del instituto a medio día, el calor era asfixiante. ¡Necesitábamos sombra! Nos paramos a mirar al suelo buscando, en vano, una sombra que nos protegiera del sol. Entonces mi amiga Zoe se fijó en un hueco que había delante de nosotras, estaba lleno de tierra, y a unos cincuenta metros había otro igual. Toda la acera, que habíamos recorrido, estaba llena de esas cicatrices de tierra sustituyendo a los árboles. A unos cien metros había unas vallas que rodeaban algunos árboles. Alrededor de las vallas, una multitud gritaba una y otra vez, como si de un mantra se tratara: ¡¡"La Cala no se tala!!". La gente estaba muy indignada, y pasamos rápidamente aquella zona.

Al llegar a casa pregunté qué había pasado, y mi madre no supo darme una respuesta decente, solo me dijo que ella no sabía nada, y que prefería no saber. En cierto modo, me dolió su indiferencia. Cuando llegó mi padre también le pregunté, y él me dio otra respuesta aún más dañina: "Cosas que hay que hacer." Ahora no solo era indiferencia, sino un conformismo indignante. Le protesté enérgicamente y dije que si él podía hacer algo, ya que trabajaba en el ayuntamiento. Él, impactado por mi contestación, me dijo que era política, y que yo no entrara en ello.

Al día siguiente no lo dudé. Mis padres no sé enterarían. Avise a mis amigas y a mis compañeros de clase. Ese día parte de mi curso no acudiría a clase y manifestaría su malestar por las decisiones políticas en las cuales no debía entrar. No pudimos hacer nada. Los árboles se talaron pero nuestras voces se hicieron escuchar. Es verdad, que el caso que se les hizo no fue excesivo, pero se demostró que los jóvenes también pueden tomar decisiones.

*Lola Zabala Hernández
Espartinas, Sevilla (España)*

MICRORRELATO

El viento soplaba a través de las hojas de los árboles, y los animales del bosque dormían todavía, excepto aquellos que estaban activos en horario nocturno. Ya faltaba poco para el alba.

En lo más profundo de ese bosque, y en mitad de un claro, se alzaba un gran árbol, pero no un árbol como los demás, ya que este tenía una curiosa corteza azulada, y de sus altas y largas ramas le salían unas extravagantes hojas en forma de espiral, de las que emanaba una tenue luz celeste. Este árbol no solo tenía un aspecto distinto a los demás, sino que también se comportaba de forma distinta.

El árbol pensaba, y no solo eso, sino que sentía. Todos los días durante horas, un continuo flujo de pensamientos y emociones circulaban por sus raíces; puede que estuviese pensando en algo importante, como en cuando llegaría la primavera, o en algo insignificante, como ver a un par de animalillos corretear por su claro. Para que resulte todavía más sorprendente, el árbol no solo pensaba, y sentía, sino que también veía, o al menos, lo hacía a su manera.

Mientras que un animal veía solo cuanto sus ojos le permitían ver, el árbol podía ver y sentir todo el bosque, como si estuviese en todas partes a la vez, pero al mismo tiempo en ninguna. Por ejemplo, ahora estaba viendo que una bandada de pájaros empezaba a entonar su clásico cantar mañanero; y al mismo tiempo, veía la orilla de un pequeño arroyo que se encontraba un poco más lejos de allí, mientras escuchaba el tranquilizador murmullo del agua.

Súbitamente, algo captó la atención del árbol; y es que lejos de allí, en la linde del bosque, se había empezado a congregar una multitud. Allí había cerca de un centenar de personas reunidas junto a enormes estructuras de metal con ruedas. El árbol sabía poco sobre los humanos, ya que rara vez alguno entraba en el bosque; y si lo hacía, era para dar un paseo, o comer en pequeños picnics. Por ello, no entendía qué hacían allí tantas personas a esas horas de la mañana

Durante un par de horas fueron llegando más y más humanos a aquel lugar. A partir de la tercera hora, se dividieron en dos grupos: uno que llevaba carteles y se había puesto

delante de la linde del bosque, y el otro se había empezado a meter dentro de las extrañas estructuras metálicas. “¿Qué estarán haciendo?”, se dijo el árbol.

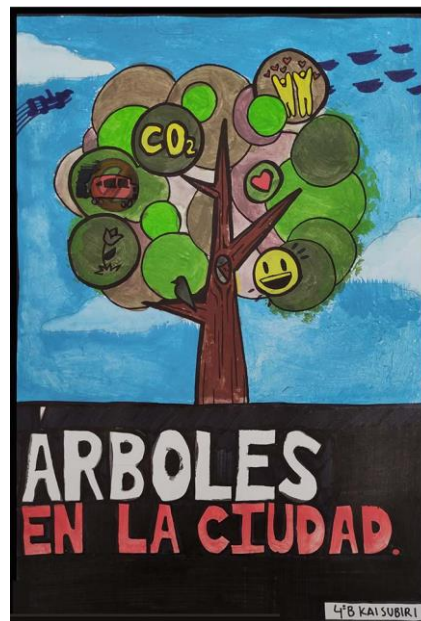
Súbitamente, las construcciones metálicas cobraron vida y empezaron a marchar sobre sus ruedas hacia el primer grupo. “No entiendo” se dijo el árbol, “¿acaso se están peleando?”. Las criaturas metálicas se habían acercado tanto al primer grupo que estos tuvieron que ceder y apartarse, luego chocaron contra los árboles del bosque con una fuerza descomunal, que el árbol nunca se hubiera podido ni imaginar: “¡Los están matando!, ¿por qué los están matando?”. Con horror y furia, el árbol cobró conciencia de lo que habían estado haciendo ese grupo de humanos: defenderlo, defenderlo a él y a su bosque. “Esto no va a quedar así”, se dijo.

De la tierra, donde estaban las taladoras, surgieron unas gruesas raíces de un color verde-azulado que se enredaron alrededor de ellas. Los trabajadores, asustados, salieron corriendo despavoridos del bosque, mientras que los manifestantes miraban de lejos cómo las raíces aplastaban las excavadoras, para luego desaparecer en la tierra. De las bocas de todos surgieron vítores de alegría, todos celebraban que el bosque se hubiera salvado, aunque no tuvieran idea de cómo o por qué. Hubo una celebración esa misma noche en la linde del bosque para celebrarlo y, desde lo profundo del bosque, el árbol escuchaba a la gente reír y gritar y bailar de alegría, y se sintió feliz.

Guillermo del Águila Hernández

Alcalá del Río, Sevilla (España)

CONCURSANTES
DE 15 a 17 AÑOS



un árbol una vida +



Reducen las necesidades de aire acondicionado en un 30% y ahorran entre un 20% y un 50% de calefacción. regulan el flujo de agua y mejoran la calidad del agua.

Proporcionan habitat, alimentos y protección a plantas y animales, aumento la biodiversidad urbana. Puede absorber hasta 150 kg de CO₂ al año.

Victoria Flores

ACCIÓN SIN RETORNO

Ya pasaron varios días
desde el desastre natural.
Los pájaros ya no pían,
pues ya no tienen hogar.

Muchos árboles talaron
sin a la gente escuchar.
Sus réplicas ignoraron
y no evitaron errar.

A las plantas masacraron.
Se oye llorar a la tierra.
Pues sus niños destrozaron
y su dolor ahora te hiela.

No quedan moreras tampoco.
Ni una de sus hojas tiernas.
¿Ahora se alimentarán cómo
los gusanos que seda dieran?

Ya nunca podrán los troncos
tornar su corteza parda.
Puesto que sólo unos pocos
tuvieron la vida larga.

Donde hay plantas todavía
ojalá al pueblo escucharan.
Ellos salvan la tierra mía,
aunque nadie se percata.

*Sara Yanes Alarcón
Espartinas, Sevilla (España)*

FRUTOS HISTÓRICOS

Talan nuestra identidad,
talan nuestro futuro.

Talan todo lo que queda
de este bonito mundo.

Se manifiestan los pájaros
con sus cántaros profundos.

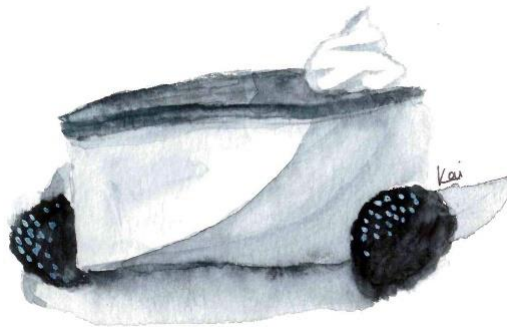
Humanos tratando de salvar
un pedacito de frutos.

Frutos que te sacan el hambre,
frutos que te dan nombre.

¿Quiénes son los concejales,
para decidir sobre los territorios naturales?

Román Ramiro Blanco

Buenos Aires (Argentina)



MIS RAÍCES HUNDIDAS

La Cala del Moral;
nombre dado por planta moradora
en mi nombre, mi signo personal.

¿Qué es algo sino sí mismo?
Soy mis casas, soy mis vientos,
soy mis gentes, soy sus lamentos.

De verdes testigos mis tierras ricas,
o al menos, eso fui.

Desde el inicio del tiempo
batallas y amores vi,
hasta que llegado el momento,
detúvose el frenesí.

Soy lo que ves;
y a pesar de los ataques,
y el sufrir de mi pueblo,
me fue dada muerte por un hacha del revés.

Di cobijo a mi pueblo,
viví sus experiencias,
y a pesar de las dolencias,
fui asesinado, ante mis pulmones, con violencia.

Me ahogo.
Como si debajo del agua estuviera.
Muero.
Muerte para ellos lastimera.

Me despojan de lo mío,
me roban de lo que soy,
no he dado respuesta a semejante desafío,
o al menos, así ha sido hasta hoy.

¡Levántese mi pueblo!
Llenen mis calles el gentío
Que comience de mi vida el duelo,
cuyo desenlace marcará el destino mío.

No me seguiré asfixiando ante sus narices
¡Levántese mi descendencia!
Allí se hundan mis raíces,
allí se encuentra mi esencia.

La afrenta del adversario afrontaremos,
recuperaremos lo que por derecho nos pertenece,
y por derecho natural, no permitiremos
que nos conviertan en un pasado que enmudece.

Inés Cardarelli Ramos
Mairena del Aljarafe, Sevilla (España)

LA MADRE NATURALEZA

1

Muchos humanos se estiman
tan certeros e infalibles,
que con métodos nocibles
en mi seno me lastiman.

2

Las vidas de los humanos
son gracias a mí posibles,
a pesar de sus horribles
actos al creerse ufanos.

3

Pero yo debo admitir
Que no todos son malvados,
Porque algunos se han osado
A acabar con mi sufrir.

4

Árboles y especies vivas
En mi corazón se albergan,
Y no atrasan ni postergan
Actuaciones abusivas.

5

Peces, aves y moreras
Por mencionar solo algunas
Especies de las lagunas,
mares, llanos y praderas.

6

Protegerme es necesario
Para un ambiente seguro,
así como limpio, y puro,
virtuoso y beneficiario.

7

Presente en toda nación
me encuentro indistintamente,
gracias al gran, ciertamente,
sublime acto de creación.

8

Si admirar de mi belleza
quieres seguir disfrutando
continúa cuidando
la Madre Naturaleza.

*Luis Daniel Martínez André
La Habana (Cuba)*

MORERA MÍA

El andén de las siete pasadas,
quejas y revanchas en vías del tren.
Tabaco y ala ancha, allá lo ven,
deja las Américas plantadas
entre estancos y caladas.

Calladas las mujeres en quimeras
Don Enrique Lozano, mutilado al andar,
a la sombra de las moreras
lo han escuchado susurrar,
“morena mía, morena”.

¿A quién buscas, Kike, tan al alba?
¿No has oído que el mundo habla y ya nadie escucha?
¿Es que no recuerdas la sombra apagada,
los labios sellados que querían hablar
pero no los dejabas?

¿Es que no recuerdas al moral
que te vio crecer y te dejó marchar
al alba, *morus alba*?

Kike de Las Américas,
vientos del pueblo te olvidan
de sur a norte en Carolina.

Confundiste lago con tu celestina
del amor mediterráneo
que aún resuena en ti.

No supiste vender por seda las moreras de La Cala del Moral,
sea como sea, prisionera de cristal.
Verdad certera de bala y voluntad
que aún resuena en ti.

No te queda nada, americano.
Sigues buscando sombra en el verano.
Se te han ido la muchacha y la morera.
¿Qué vas a hacer ahora, Lozano,
sin tu morena, mía, morena?

Morera sutilmente erguida,
un siglo de historias, amores y jilgueros
de San Isidoro a Abderramán primero,
moras de zarza a la savia tendida.

Naturaleza viva.
Viva y resuelta.
Viva y divina.
Creí que no había nadie más mezquina,
medina eterna y neblina,
rutina de la ovina y la sardina.

Se avecinan los cantos.
Volverán a ti colmadas de mentiras
sátiras e inventos de la seda palestina,
retornarán los cuervos y los llantos.

Aún vencidos, no desistimos en la lucha.
Calla muchacho, que ya nadie escucha
al mundo que llora y nos dio tanto.

Cuánto dolor y espanto.
Suelta tu manto y camina,
colina y colilla a tus pies,
cortés despedida tardía.

Vuelve, mía.
Que quiero recordar cómo tus hojas lucían.
Que quiero regresar donde sólo tú conoces.
Que traigas tu voz y así tu noche.
Devuélveme mi vida mía,
que nos quedan muchos sueños todavía,
muchos reproches
por recordar, morera mía.

Julia Martínez Fernández

San Juan de Aznalfarache, Sevilla (España)



ODA AL MORAL DE LA CALA

Quién te diría, princesita Zaynab,
que tras ese fallo, serías,
en vez de sultana de todos, una simple mora
de la morería.

Pero y quién diría,
que cual gota que cae del cielo,
dejarías caer la alfombra de tu pelo,
por Bezmiliana, la antigua.

Cuidado, mi niña, le dijo Yusuf,
mientras en su carruaje mecía,
casi casi dormida,
la flor del amor, la flor de la mora
de la morería.

Dormida tú
y llegados al destino
se cayó, como la rosa al espino
un pétalo de flor
y junto con él, el pistilo

Dando todo esto fin
a la historia princesil
¿O sería el principio
de una historia mayor?

Pues claro señor.
Esto es solo el comienzo
de todos esos besos
que nos dio el querido viento.

Pero aún hay más,
pues parece que el final
se acerca más y más
a la historia de este pueblo,
de la Cala del Moral

De las moras solo quedarán
ni susurros otoñales,
ni las risas estivales
nos acompañarán más.

¡Oh! querido pueblo,
aquí y en alrededores
escuchad con grandes honores
nuestro llanto en el infierno.
Que si de aquí se van las moras
ni queda cala, ni queda pueblo.

Carmen Velázquez Falcón
La Algaba, Sevilla (España)

UNA MIRADA A LA NATURALEZA

Hoy nos encontramos cara a cara con la crueldad,
con esos ojos de indiferencia que marcan
el punto fijo de no avanzar como sociedad.
La tierra grita de dolor y clama ayuda,
de los hermanos del mundo que agotan los recursos que hoy quedan,
y de los que mañana ya no habrá.
El verde de los árboles,
el celeste de las aguas y del cielo,
el volar de los pájaros en primavera iluminan mi trayecto,
como las flores que desde mi ventana observo.
Arbolito de mi cantar,
profundo es mi cariño a tus hojas y frutos que das;
hemos crecido juntos y
hoy te convertiste en una víctima más
de las personas que no te supieron valorar.
Llegó el momento de actuar,
si el planeta queremos sanar,
para prosperar como comunidad.
Naturaleza de mis sueños,
paloma blanca de paz,
llegó tu momento de brillar
de aquí hasta la eternidad.

Mirella Manrique Mejia

Supe (Perú)

UN DOLOR INDESCRIPCIÓN

Incluso desde lejos, se siente el dolor de la destrucción.
Es un dolor aplastante ver la belleza ignorada y dada por sentada.

Es un dolor insoportable
cuando te digan que tus palabras
no significan nada.

Y la libertad de expresión se desvanece ante los ojos.

E incluso dese mi casa de Australia,
sentí el dolor de la tala forzada.

E incluso en mi casa de Australia,
fue desgarrador oír de las injusticias.

Yo nunca he estado en España,
pero mis estudios en la clase de español ilustran el dolor,
dolor que siento por esta injusticia.

Por nuestro futuro hermoso,
Lucho por las moreras.

Kate Dospisil
Adelaida (Australia)

EL MUNDO ES INTELIGENTE, NUNCA LO SUBESTIMES

Mierda, otra vez he vuelto a perder el metro, sigo sin acostumbrarme a Madrid, nunca pensé que fuese tan agobiante. He quedado en una biblioteca junto al parque del Retiro con mi amigo Ángel. La trayectoria en metro se resumió en ver a niños que iban de un lado a otro, personas, que por la manera de vestir, suponía que salían del trabajo. Era una noche de otoño, un sábado, el tiempo ideal, ni frío ni calor, me senté en un pequeño banco a esperar a mi amigo.

-Buenas noches, señorita, ¿desea acompañarme?

-ANGEL, me has asustado, un poco más y te pego -comenté un poco aturdida.

-¿No te alegras de verme? -dijo con una expresión un tanto exagerada.

-Ven aquí anda -respondo a su pregunta con un abrazo.

Entramos dentro del parque, mientras me contaba camino a la biblioteca que íbamos a participar en un *scape room*. En total éramos cerca de veinte personas jugando. Las primeras pistas fueron fáciles: nombres de cafeterías cercanas, o el nombre de algún monumento. En la última prueba teníamos que volver a la biblioteca y buscar un libro. La biblioteca estaba cerrada, pero encontramos un lateral abierto. Dimos con el libro, pero observamos que no había rastro de las personas que jugaban, pensando que habrían encontrado la salida.

-Supuestamente, deberían de estar aquí para dejarnos salir, ya que hemos encontrado la pista y acabado el juego- comenté mientras apreciaba a unos metros la entrada, pero sin nadie en la proximidad.

En cuanto abrimos la puerta, un malestar recorrió mi cuerpo. Todo estaba parado; los coches y taxis que deberían de estar en marcha, estaban paralizados, la poca gente que transitaba por la calle estaba inmóvil como estatuas; en cambio, nosotros podíamos movernos, era como si el tiempo se hubiese parado.

Una notificación en mi móvil me hizo pensar que podía buscar información de lo que estaba ocurriendo; y nada más encenderlo, vi el titular del primer periódico que encontré vía online.

-Ángel, mira esto por favor -dije mientras le pasaba el móvil.

“Se para el tiempo en las ciudades más transitadas de España para reducir la contaminación, lo que supone, que todas las personas o vehículos que hayan contaminado en menos de 24h, no podrán moverse hasta nuevo aviso”,

-Es el karma, por ensuciar la tierra, por hacer que este mundo, por nuestra culpa, se destruya cada vez más rápido -comenté.

-Si esto es verdad, voy a comprobarlo -me dijo mi amigo mientras cogía un papel de su bolsillo para arrugarlo y luego mirarme.

-No lo hagas, vas a aca... -no me dio tiempo a responderle cuando ya había tirado el papel al suelo.

Y como si fuese cierto todo lo que habíamos leído hace unos minutos, Ángel se quedó paralizado.

Entonces lo entendí. El mundo quiso vengarse de todos los que lo maltrataban. Antes de que los mares se llenen de plástico y nos quedemos sin tortugas, antes de que nos falte el oxígeno por falta de árboles, y antes de que nos muramos de extrañas enfermedades por comer alimentos contaminados, el mundo ha querido que aquellos que los maltratan, lo paguen, convirtiéndolos en seres inertes y estatuas sin almas hasta nuevo aviso.

M^a del Carmen Fabre Revilla
Algeciras, Cádiz (España)

LA RONDA

Mi hogar siempre ha sido en lo alto, donde puedo observar el mar y el sol me baña todos los días. He visto toda clase de cosas, animales y personas. A veces el calor me acompaña, como otras veces lo hace el frío. Pero dentro de todo, puedo decir que he vivido una buena vida.

Mi nombre es Morera, soy una de las muchas que habitan por esta zona; aunque he de agregar que probablemente soy una de las más antiguas. Es por ello que he visto nacer, crecer y, lamentablemente, morir a muchas de las mías. Los humanos, unas adorables criaturas sonrientes, hacen lo que pueden con tal de protegernos de las heladas, mas no se puede hacer nada en contra de la naturaleza.

Entre ellos, hay una pequeña que viene a visitarme casi todos los días. No sé sobre ella más que su nombre: Gloria. Y también que es muy amable. Trae agua para mí y mis hermanas, nos habla por horas hasta que el sol se pone y luego se va por donde vino. A pesar de que he vivido lo suficiente como para saber que no todos los humanos son como ella, tengo esperanza.

Y hoy más que nunca deseo mantener esa esperanza, porque no hay nada más que pueda hacer mientras miro cómo se llevan a mis hermanas. Una a una son cortadas sin dudar, sin asco. Años de crecimiento, sombra y frutas desapareciendo por varias manos humanas. Aquellas criaturas que alguna vez me cuidaron, hoy también me traen sufrimiento.

Esto ha estado sucediendo por días sin fin. Las de mi especie son llevadas y en su lugar se plantan árboles llamados Coco Plumoso — que a pesar de su nombre, no tienen plumas. He estado esperando mi turno, y parece que al fin va a llegar cuando veo a un hombre acercarse a mí, sosteniendo el mismo instrumento filudo que los otros. O eso creo, hasta que escucho los gritos de Gloria, quien viene corriendo junto a otras dos personas. En pocos segundos, las tres me abrazan antes de que el hombre pueda dar otro paso hacia mí. Él parece enojado por sus acciones, pero yo no logro entender. ¿Será este un gesto de despedida?

Ambas partes se gritan, alzando la voz cada vez más. Las chicas no hacen más que mantenerse en su lugar, apoyándose con fuerza en mí. Finalmente, el hombre lanza unas maldiciones y se va. Las chicas vitorean en conjunto, sonrientes por su pequeña victoria.

—Joder, que era pesado ese tío —murmura una de las chicas, sacando risas de las demás.

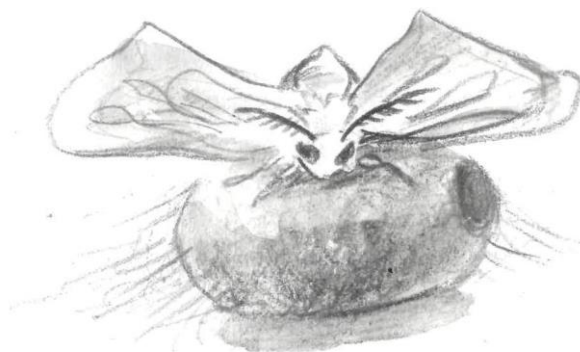
—Hiciste bien, Gloria. Este árbol es muy antiguo —dice la chica más adulta.

—¡Y muy lindo! —añade Gloria, alegre—. Aún debemos esperar a la cadena. ¡Juguemos a la Ronda!

Dicho eso, se toman de las manos y empiezan a girar alrededor de mí, cantando con la fuerza que se me fue arrebatada durante estos días. El sol me baña, iluminando lo que podría ser mi última esperanza de estar otro día en esta bella tierra. Quizás, después de todo, ellas si puedan hacer algo al respecto, y espero que lo hagan.

Antonia Viedma Silva

Puente Alto, Santiago de Chile (Chile)



LAS VOCES QUE EL VIENTO TRAÍA

Mamá decía que era su estrella proveniente del cielo y por ello era capaz de sentir cosas que otros no, como los susurros del viento o el tenue cantar que las hojas otoñales dejan al caer. Era invierno, un invierno muy frío, en el que las melodías no tenían música.

Cerca de la iglesia había algo sollozando, era un gran árbol, cuyas ramas desprendían tal tristeza que asemejaba a un llanto vacío y agonizante. Acerqué mis manos para poder palpar aquel desconsolado sonido, y era tal el silencio que producía, que unas lágrimas surcaron mis mejillas enrojecidas por las suaves brisas. Cerca de ella había cinco árboles más que transmitían la misma penetrante melancolía. Parecía como si alguien les hubiera arrebatado, delante de ellos mismos, lo que más querían, convirtiéndolo todo en unas fútiles carreteras. Era la belleza que moría a manos de las personas, dejando bajo sus escasas ramas un hilo de canciones sordas. Quería hacer algo por estos sentimientos, pero en este lugar ya no quedaba espacio para ellas, solo pude sentarme cerca de sus robustos troncos y escuchar lo que tuvieran que decir. Los sollozos que producían no eran de pena, sino de impotencia de haber visto en el paso de los años como su especie desaparecía, para crear aceras o conseguir esa seda tan valiosa. Ya no les gustaba ese lugar apagado, querían volver a respirar sin el ajetreo y experimentar nuevamente las corrientes traídas del este. Pero no podían, solo eran meros adornos que no volverían a ver la incandescencia de los astros. Solo podían sumergirse en la infinita soledad donde el gimoteo se vuelve inaudible y los tonos grises y entristecidos colorean sin rumbo el interior de estas solitarias almas. Observé por última vez aquel árbol que alguna vez cantó su propio acorde.

Xiao Hao Wu

España

LUCHAREMOS POR NUESTRO CORAZÓN

—¿Recuerdas dónde nos conocimos? —le pregunté a Félix, que estaba senado frente al fuego.

—¿Cómo no hacerlo? —respondió él—. Fue bajo ese gran árbol de morera que hay en el centro del parque, ese en el que nuestros nombres quedaron tallados tras darnos el primer beso. ¿Por qué preguntas?

—Quieren talarlo —mi voz se quebró al final de la oración. Lágrimas querían bajar por mis mejillas porque ese árbol tiene más momentos de los que puedo relatar en una sola hoja, cada uno más hermoso y atesorado que el anterior.

En ese árbol se conocieron mis padres, bajo ese árbol di mi primer paso, a ese árbol le di mi primera vuelta en bici cuando cumplí los 5; bajo ese árbol me senté a leer el mejor libro de mi vida, o a inventar historias para evadirme de la realidad. Bajo ese árbol me enamoré por primera vez y conocí al que hoy es mi marido.

Ese árbol, y todos los del pueblo, se han convertido en algo más que unos simples árboles de moreras, aunque no puedo describir con palabras la profundidad de lo que siento.

Por eso me duele, me quema el pecho cada vez que recuerdo que los van a matar, que van a arrebatar cientos de recuerdos, de recuerdos de todos los que habitan este pueblo, y todo para mancharlo de tonos grises.

Se me humedecen los ojos cada vez que imagino el parque sin su árbol, el pueblo sin su corazón.

Félix se acerca a mí y me abraza con fuerza. Él está tan dolido como yo, puedo notarlo.

Yo me acerco a él todo lo que puedo, y dejo que las gotas saladas de mis lágrimas bailen a gusto por mis mejillas, dejo de intentar contenerlas, dejo de intentar parecer fuerte, permito que la tristeza me invada, me permito sentir su fuerza en todo su esplendor.

Los brazos de mi marido aprietan más el abrazo. Él también llora. Lo escucho en su voz cuando me habla.

—Juro que esto no les será tan fácil. Iré al ayuntamiento, presentaré quejas, reuniré a los vecinos para que hagan lo mismo. Si hace falta hasta me encadeno al tronco de nuestro árbol para poder salvarlo. No permitiré que nos arrebaten nuestro corazón tan fácilmente.

—Iremos los dos —respondí con firmeza—. Lucharemos juntos por nuestro pueblo.

Gloria María Pinto Pérez

Sevilla (España)



OJALÁ

Hace días que no sentía el frío en sus huesos de esa forma; la lluvia cala tras las ropas engarzándose con los hilos de las costuras, que unen sus remiendos. Se lleva las rodillas al pecho tratando de hacerse más pequeña, arrebujándose sobre sí misma, esperando a que su madre regrese y la reprenda, como de costumbre; rezando para que no vuelva a tentar la suerte antes de coger un resfriado. En cuanto la mujer sale al porche, tirando de las solapas de su chaqueta para taparse el pecho, suspira rendida al ver cómo la niña observa las gotas, como si de oro líquido se tratase. Por primera vez se rinde, acercándose a su hija mientras se arrellana con cansancio sobre el légamo.

La niña la mira extrañada. Ambas se hunden en el cieno, dejando que la lluvia les cale hasta los huesos, disfrutando del aire húmedo que llega hasta sus pulmones con olor a hierbabuena y romero. Ese petricor que solo se disfruta durante los pocos meses de invierno.

Ambas dirigen la mirada hacia una pequeña planta que crece débil y delicada en medio del jardín, temblando como un retoño bajo el peso de las gotas de lluvia sobre sus débiles frondas. Está sola, la lluvia la hunde en el barro con vehemencia pero ella sigue creciendo.

Sus miradas coinciden y sus pensamientos se armonizan cuando se fijan en ella, pero solo la joven se atreve a verbalizarlos: “Ojalá fuese un árbol para poder disfrutar de los días de lluvia; ojalá llegase a ser tan útil como sus raíces, impetuosa como su tronco, o lozana como sus hojas”.

En ese momento la madre se pone en pie, olvidando sus ropas empapadas y ofrece la mano a su hija para guiarla. Sus pasos se hunden en la tierra mientras acuden en busca de la pequeña mata. Hunde dos palos en el suelo, y la madre rasga un pedazo de sus ropas para colocarlo sobre ellos, a modo de tejeroz. La lluvia cae ahora sobre la planta sin devastar sus raíces. Entonces ambas mujeres permanecen sobre la poca hierba que ha sobrevivido a las fuertes lluvias, observando al que será un futuro árbol.

Nuría González Prieto - Teatinos, Málaga (España)

LA SALUD AMBIENTAL COMO UNA PRIORIDAD

Todos los días me pregunto cómo es posible siquiera imaginar atentar contra nuestra propia casa. ¿Se imaginan lacerar sus propios muebles y una que otra pertenencia tanto colectiva como personal? Indiscutiblemente, pensar en realizar tales acciones sonaría algo descabellado, al menos para la mayoría de nosotros.

Una vez hecha esta reflexión... ¿No les parece que no hay mucha diferencia cuando se trata del medio-ambiente o a la Madre Naturaleza? Sinceramente, creo que no habría que darle muchas vueltas a esta interrogante.

La Tierra, hermoso planeta dotado de una naturaleza insuperable, producto del sublime acto de la creación, ha sufrido a lo largo del tiempo disímiles transformaciones que han posibilitado el surgimiento de varias etapas en su formación; así como la aparición de la vida con sus innumerables especies surgidas a partir del proceso de evolución. Paisajes enriquecidos con animales y árboles son apreciables en distintas regiones del mundo, y son esos hábitats, los que como seres humanos, debemos defender y proteger con todas nuestras fuerzas. ¡Basta ya de tener que sufrir males evitables, tales como la deforestación, e incluso la pérdida de la diversidad biológica! ¡Unámonos en la lucha por cuidar de nuestro apreciado hogar, e impedir movimientos que generen mayor daño!

Así que... si todavía no te has sumado a la comunidad de los defensores de un planeta Tierra limpio y puro, ¿a qué esperas? Es tu elección, si tomar o no la salud ambiental como una prioridad.

Luís Daniel Martínez André

La Habana (Cuba)

**CONCURSANTES
MAYORES DE 18 AÑOS**

¡CANTA EL PÁJARO HOY CON TRINO TRISTE!

Esgrime entre sus manos un jinete de hachas y apocalipsis sin bandera,
un odio que destruye una morera,
y otra, y otra hasta hacer ochenta y siete.

La sombra del asfalto se somete
a un infierno de sol sobre una acera de calles sin color y sin madera,
y gusanos de seda sin banquete.

Naturaleza urbana que acogiste
a un coro de gorriones contra el ruido.
¡Canta el pájaro hoy con trino triste!

No sabe el ave ya donde hacer nido y el moral de La Cala ya no existe.
¡Las moreras que había se han perdido!

Alberto Luís Collantes Núñez

Madrid (España)

SI GLORIA FUERTES LEVANTARA LA CABEZA

Si Gloria Fuertes levantara la cabeza
recitaría con pena
por las taladas moreras,
reivindicaría a esas vecinas
extirpadas de su barrio sin razón,
sin ton, ni son.
Ella querría hacer leña
por los árboles caídos,
les compondría
varios poemas o una canción.
Gloria querría
apoyar esta misión.
Le pondría su corazón
a esta causa,
tan falta de ética
y de entendimiento,
Para que jamás
se lleve el viento
las causas dignas de juramento.
Hay que cuidar los árboles,
contar más cuentos,
escribir más postales,
darse más besos
y luchar para que no haya
ninguna tala más
sin escarmiento.
Amor, naturaleza
y buenos sentimientos.

Mirian del Olmo Moreno - Málaga (España)

CANCIÓN PROTESTA

¿Por qué, por más que no sobre,
despilfarra
quien va escaso de conciencia?
¿Por qué le cae al más pobre
la chatarra
que dejó la obsolescencia?
¿Es que ya no nos asombra
que se barra
por debajo de la alfombra?

La respuesta
se quedará en el tintero,
pues molesta.

¿Por qué el alma
dio aquel pobre orangután
por el aceite de palma?
¿Es que nunca aprenderán
que en su juego
las toman donde las dan?
¿Y no hay nadie que se cosque
de que el fuego
ya no deja ver el bosque?

La respuesta,
yo lo siento,
se nos ha ido a tomar viento.

Juan Manuel Seco del Cacho
Madrid(España)

SOY MÁS QUE UN VERDE MONUMENTO

Caligrama de fiesta son mis flores.
Soy silabario para los pinceles de la luz.
Para el mendigo, el sombrero de su alcoba.
Para el pájaro, el atril de su escritura.
Para el perro, la pared de su llovizna.
Para los alarifes del cemento soy un estorbo, un extraño
en lugar equivocado. Sus amenazas de muerte me persiguen.
Pero soy más que un verde monumento
en la agitada ceremonia de las calles.
Soy testigo: de la noche que avanza con el miedo,
de transeúntes perdidos en su sombra.
Mis floridos reclamos ululan la presencia de otros árboles.
Nadie quiere estar solo. La soledad es carbón que deja el relámpago.

José Antonio Atuesta Mendiola
Valledupar (Colombia)

Pablo R.



BOSQUE DE LUNA

Bosque de luna llena,
llego ahora a tu lado
con un sobre lleno de trampas.
El árbol del ahorcado
no rompe la noche sin tino.
Cuando de nuevo la ardilla
coma la nuez de la rama
mi árbol será hermoso y tuyo.
La hoja verde del hayedo
no es marrón arena es
transparente sin mancha.
Ya llego. Ahora tengo
un lugar en el tronco hueco.
La fuente de vida con agua
está debajo de una raíz
que nunca llega a la altura
gruesa y congelada de tu mano.
Llévame lejos y el tiempo
leerá la escarcha del suelo.

Amelia Ceballos Martínez

Fuenlabrada (España)

CANTE VERDE

¡Ay! Grita el mirlo negro
desde la encina que habita.
¡Ay! Grita la retama
con su hermoso tallo fino
sacudiendo las caderas
de blanco, rojo y naranja.
En el cauce del arroyo
juncos, carrizos y cañas
ajustan su seguiriya rinconera.
Mientras, la poetisa aguarda.

Carmen de la Caridad Tejedor González

La Habana (Cuba)



HOJAS DE MORERA

De diferentes ocres y verdes
se visten las ramas de morera
y se estremecen sus temores.
Cuando se mecen las hojas en el viento
bailan su danza de la seda
como un etéreo y vital presentimiento.

Esta tarde en sus hojas ya no llueve,
aunque la nube lo pruebe,
porque no se ha encontrado los troncos ni las ramas.

Si del verdor despojaba sus bolsillos
la morera vestía su capa de esperanza
pero la han derrumbado hacia el silencio.
Dedicaron los antiguos poetas tantos versos
de admiración y alabanzas
a sus colores pardos y amarillos...

Esta tarde en sus hojas ya no llueve
aunque la nube lo pruebe
porque no se han encontrados los troncos ni las ramas

Aquella seda que en el pasado fue sustento
se ha desgarrado por falta de alimento
impiden que sus alados sueños vuelen.
Cuando las hojas de moreras otoñales
mueren por culpa de salvajadas liberales
nuestros ancestros con ellas también mueren.

Federico Baena Lorenzo - Lleida (España)

LA CALA DEL PALMERAL

En La Cala ya no hay moreras,
a los vecinos les salen ojerás.
Gritan y gritan, lloran y lloran
pero donde había moreras hay palmeras.
Sin sombra en la avenida nos hemos quedado
porque nuestras moreras nos han cortado.
Las palmeras como mástiles se mueven con el viento,
a los vecinos de La Cala nos contaron un cuento.
En nuestra memoria las moreras de La Cala se quedarán,
su necesaria sombra en nuestro recuerdo permanecerá.
Restos sin raíces plantan en el Cantal, para las bocas callar,
nuestros vecinos en silencio los van a regar.
Gusanitos de seda de La Cala del Moral
desapareceréis de La Cala, de La Cala del palmeral.

*Gracia Atienza Heredia
La Cala del Moral (España)*



Noa L

LA CANCIÓN OCULTA

En el áspero rubor del tronco
aparece
el beso de una yema.

Tras su verde levadura amanece
un poco de sol
y los brazos desnudos de las ramas
acarician
la inminencia lejana de las flores.

Su mutilada anatomía
de árbol talado
no se resigna y resiste:
todo me sabe a milagro.

Será nuevamente
cobijo de aves nocturnas
y brújula en los remolinos del viento.

Los árboles muertos regresan
en el piadoso trino de sus alas foliadas
y en el péndulo acuoso de las arboledas
que responden en la noche
el canto de su resurrección.

*Isabel Bareas Marcos
Navalmoral de la Mata (España)*

LA CATEDRAL VERDE

Columnas que se pierden entre nubes,
capiteles de ramas,
entrelazados brazos de ángeles de hiedra
donde el sol se bifurca en arabescos.
El órgano del viento
hace filtrar sus notas por entre los ramajes,
silbando en los alisos,
y el hombre ante la magia
se siente más pequeño.
El bosque es un archivo de la memoria akásica
donde juegan los gnomos,
las ninfas de los ríos, las xanas de los vientos.
La catedral se alza entre los fustes
tapizados de verdes enredaderas,
espirales barrocas que trepan hacia arriba
en una apoteosis de belleza.
Y el hombre, desde su pequeñez
eleva un canto, un canto
mirando al rosellón abierto a las estrellas.

M^a Carmen Guzmán Ortega

Los Barrios, Cádiz (España)

AQUÍ

Aquí
sobre la piedra gris
fresca y sombreada
hemos encontrado un sitio
yo y mi rabia.
Las ramas se dibujan
en la roca,
negras, alargadas.
Cantan los pájaros.
La brisa trae la vida.
Puedo alargar la mano
y tocar el sol,
el cielo.
Las espesas telarañas
unen troncos
se asemejan a cunas
para hadas.
Silencio y mariposas
La vida es, de por sí,
hermosa.

Guadalupe Eichelbaum
La Cala del Moral (España)

MI HIGUERA

De corpiño gris,
pelo verdoso,
pendientes enrojecidos.

Levantaba mi higuera su porte,
al borde del precipicio.

Maduros higos,
mítico aroma,
mediterráneos instintos.

Regalaba mi higuera su dones,
al caminante, al camino.

De frescas sombras,
viejos zumbidos,
atardeceres perdidos.

Disfrutaba mi higuera en su nombre,
y junto a su cuerpo, el mío.

Lola López Robledo
(España)

ARBOLITO DAME

Morera dame una mora, mora
mora de la morería.

Castaño dame este año
una canastita para comérmela
calentita.

Peral dame una pera
pera, pera limonera.

Naranjo dame este año
una naranjita, para mi
niña que es muy chiquita.

*Gracia Atienza Heredia
La Cala del Moral (España)*



MORALES DE SEDA

Mora, morita, moral
morera del alma mía
que juntamos de chaval
tus hojas en su cajita.

Una gran transformación
ocurría ante mi vista
un gusano muy gordón
se hacía mariposilla...

De la larva a la crisálida
iba cambiando de forma
cuando en la estación más cálida
se volvía mariposa.

Las moreras de mi pueblo
son parte de nuestra historia.
De los momentos más bellos
de los que tengo memoria.

Alejandro Motta Vigo
La Cala del Moral (España)

MORERAS DE LA CALA

Si alguna vez me perdí en la maleza,
si descreí alguna vez de la vida,
y si di la batalla por perdida
y me eché en los brazos de la tibieza,

ese hastío se huyó con tu certeza;
en el acto, se restañó mi herida
al ver tus flores blancas encendidas
en tu dulce prodigio de belleza.

Moreras, si os miro, siento el amor
que se inflama de dicha por mis venas...
¡Y mi alma vuela donde nadie alcanza!

El Bien, la Belleza, mi Cala en flor
propaga la vida, todo lo llena
de una serena y alegre esperanza.

José Antonio Francés González
Alcalá de Guadaira (España)

NIÑOS EN EL DÍA DEL ÁRBOL

Arboledas y bosques de Vizcaya
que narran con silencio larga vida.
Floresta en holocausto ya prendida
persiste y rumorosa no desmaya.

El chopo y el castaño con el haya
el pino y el cerezo en la avenida,
el tilo y la mimosa en luz fundida
y el roble y el nogal el tiempo talla.

Ramajes de un pasado muy querido
que crecen hermanados en las rondas
de los callados flujos naturales.

En la Fiesta del Árbol renacido
trepan niños y sueños por sus fondas.
Les columpian manzanos siderales.

Pedro Navazo Gómez

Getxo (España)



ATISBO

Tengo entrañas rojas
como la sangre del jaguar que camina con huellas de agua
dueño y señor de la selva
príncipe que se camufla para no ser presa del hombre.
Hombre maldito,
bípedo homicida.
Piel viciada por el deseo insano de poseer
de brillar entre metales
de acribillar lo que brota libre y no le pertenece.
No soy de tierra,
ni de árbol.
Nací entre cemento
camino presurosa entre ladrillos
con la mirada puesta en las montañas
a las que iré a morir algún día.
Soy solo brisa, solo caricia
mi alma es verde como el helecho
grita al donarse por las vidas que se pierden
un minúsculo atisbo de esperanza
que se avergüenza de su raza.

Natalia Jaramillo Ramírez

Antioquía (Colombia)

PÉTALOS

Febrero,
almendros en flor
y lluvia de pétalos que atraviesas sin mojarte,
otros imitan una nevada en el suelo,
o bailan un vals con los remolinos
pero yo prefiero
los que juegan al abordaje
quedándose un ratito en mi pelo.
Febrero
y entre borrasca y borrasca
un día de sol sin maquillaje,
sencillo,
perfecto,
impecable,
y se me ocurre de repente,
en un arranque de utopía,
que hoy no debería
morirse nadie.

M^a Esther Ruiz Fuentes

Otura (España)

POBRE GUSANO DE SEDA

El gusano mordió voraz las dentadas hojas,
contenidas en la usada caja de zapatos,
el sol tostaba en el huerto doradas panojas,
coloreando el niño en la tapa garabatos,
que la hilada seda trenzaba en suaves milhojas,
cada esbozo imaginado en un solo relato.
Gloria Fuertes en su verso pintó la morera,
cuando la Gata Churundata oraba en sus ramas,
la sierra del hombre cortó la encandiladera,
quitando las sombras que abanicaban las damas,
el suelo peripuesto de astillas de madera,
lloraba el hambre obrada en inútiles proclamas.
¡Pobre oruga de seda!, ¡no serás alevilla!,
transmutada mariposa nacida en capullo,
que los ignorantes te confunden con polilla,
vuela fuera de la ornada caja con orgullo,
siendo tus alas las que adornen la manzanilla,
cuando libre aleteas jugando en su murmullo.

José Manuel Cabezas Fernández

Villanueva del Pardillo (España)

SEIS HERMANAS

De familia numerosa
hoy quedamos seis hermanas
pues las demás perecieron
¡tan sañuda fue la tala!
En su lugar hay palmeras
pero no reciben palmas
que el amor por las moreras
no es de andarse por las ramas
y el caleño bien distingue
la sombra que bien lo ampara.
¡Santa Virgen del Rosario,
haz repicar tus campanas!
Y que el pueblo se reúna
¡todos a una! en esta Plaza
y que los niños gorjeen
cual pájaros en bandada
que, aunque la madera es recia,
tenemos el alma blanda....

Luis Antonio Beauxis Cónsul

Montevideo (Uruguay)

SENTENCIA

Se lustró sus zapatos
con carbón de medianoche
y aprovechando la oscuridad
acometió el acto.

Primero fue un brazo,
después el otro,
y así uno más y otro después.

Pensó en su impunidad
mientras cortaba uno a uno,
los apéndices de aquellos árboles longevos.

Tenía todas las de la ley,
la del hombre claro está.
Pero la naturaleza que lo observaba,
lo sentenció a muerte.

Y en la confusión de ramas y troncos
rodando por el suelo, perdió el equilibrio.
Como únicos testigos,
la noche, el bosque, el silencio.

Días después, su cuerpo apareció
cubierto por enredaderas de colores.
En su mano izquierda blandía un hacha
y en la derecha una rama de olivo fresca.

*Gloria de la Soledad López Perera
Santa Cruz de Tenerife (España)*

EL ABRAZO

Algo ocurre en el paseo de los árboles, algo extraño y mágico. Los desconocidos con los que te encuentras, los mismos con los que te podrías cruzar en una calle o en una avenida cualquiera, esos que ni siquiera te brindarían una mirada o una palabra, aquí, en el camino arbolado, te sonríen y te dan los buenos días. Sí, algo distinto flota en esta parte de la ciudad. Atrás quedan las prisas, las tareas y las cavilaciones. Aquí, en esta senda, en el reino de los árboles, se despiertan y se liberan los sentidos, los tuyos y los de los otros caminantes. Quizás por eso, de pronto, os veis con unos ojos nuevos, con una mirada más abierta, con una repentina sensación de cercanía, de reconocimiento. Tal vez el paisaje, tan generoso y amplio, teje sin que vosotros lo sepáis un entramado de hilos invisibles que os aproximan y hermanan y, de la misma manera, dirige un coro de voces, de murmullos que saltan de rama en rama, de hoja en hoja, voces que os susurran al oído mensajes que vienen de muy lejos, de otros tiempos, del origen de todo, del corazón de la tierra.

Algo extraño y mágico sucede cuando acaricias el tronco de un árbol, cuando sientes bajo tu piel esas rugosidades que, de algún modo, te recuerdan a las líneas de la vida que se trazan en la palma de tu mano. Si miras bien, cada tronco contiene en sus formas y colores algo parecido a un mapa: aquí un río, allá un valle, allí una colina... A veces imaginas que en cada árbol cabe el mundo. Piensas en sus raíces, en esas viajeras subterráneas que bucean en el suelo, en lo más profundo y recóndito. Y en su copa, siempre apuntando al cielo, invitándote a seguir el vuelo de las nubes y de los pájaros. Bajo la quietud del árbol, bajo su cobijo y arraigo, tomas conciencia tanto de su fuerza como de su fragilidad. Ese gigante con vocación de eterno puede ser derribado en apenas un instante. Ese pensamiento, tan negro y doloroso, te empuja a abrazarlo. Como quien abraza a la vida, como si quisieras proteger al mundo entero.

M^a Carmen Martínez San Bernardino

Guadalajara (España)

A SU SOMBRA

A su sombra aprendí casi todo lo que sé sobre bichos y flores y conseguí comida para mis gusanos de seda. A su sombra pergeñé mis principales travesuras con los que eran, son y serán mis mejores amigos. A su sombra viajé por el mundo y el espacio viviendo cientos de aventuras a través de los libros. A su sombra di mi primer beso mientras agarraba dubitativo su cuello acariciado por su suave pelo...Y también el último. A su sombra me sentaba en los calurosos días de verano cada vez que tenía que tomar una decisión importante para pensar tranquilo. A su sombra arreglé problemas con mi amada, la llevé al altar y nos reconciamos con intensos abrazos. A su sombra llevé a mis hijos cuando queríamos descansar de los paseos y juegos. A su sombra los vi crecer al mismo tiempo que mi orgullo por ellos. A su sombra, sí. A su sombra que se fue, como todos los recuerdos que las sombras albergaban, recuerdos de un pueblo entero, cuando sus hacedores fueron talados. Ahora, a punto de ser abuelo, ¿bajo qué sombra recorrerán su vida mis nietos?

*Javier Salazar Calle
Madrid (España)*



(SIN TÍTULO)

Tenía los ojos verdes. Verdes como la hierba que crece a los lados de un río constante y fiero. Verdes como las pinedas que cubren las montañas bajo un sol llameante de agosto. Verdes como el agua de un lago profundo que se extiende a lo largo de una superficie de tierra dorada. En sus ojos existía todo un ecosistema que daba vida a aquel que los miraba, un lugar donde ser, un lugar donde estar en paz. Es triste porque jamás pude decirle que yo había encontrado mi lugar en el mundo la primera vez que me miró, que hubiera dado un trocito de mí por poder quedarme en ese espacio que inspiraba su presencia solo un rato más. Sus palabras, eran los susurros del viento en una mañana nublada y fría, que te erizan la piel. Sus caricias, como atravesar un campo de trigo suave y cálido en verano. Sus besos como rayos de sol posándose delicadamente en mi piel. Él significaba calma, su presencia me invitaba a respirar con conciencia de ello, a desconectar en un mundo repleto de conexiones que, en ocasiones, agotan nuestra batería vital. Era magnético, todos revoloteaban a su alrededor buscando su compañía, buscando la esperanza, la belleza en un mundo tantas veces incomprensible, la razón de seguir. Él era vida, eso era precisamente lo que inspiraba, vida. Todos estaremos de acuerdo en que hay cosas que deberían ser para siempre, pero que, desgraciadamente, el paso del tiempo nos arrebató de forma natural. Le sigo viendo en los almendros del parque, en las moreras que salpican la Calle Mayor, en los campos de cultivo, en los ríos y montañas, en la espuma del agua del mar. Él era como la naturaleza que nos rodea: salvaje, libre, misteriosa, desafiante y maravillosa. Ojalá pudiera haber sido eterno, aunque si lo piensas bien, de hecho, puede. Su esencia estará siempre en cada rincón del entorno que lo ha visto crecer y así es como perdurará para siempre aquí. No le demos el poder a nadie de destruir aquello que forma parte de nuestros recuerdos, nuestra cultura, nuestra historia, nuestra gente. Seamos honestos con nosotros mismos, cuidar lo que nos rodea es cuidar de todo lo que hemos sido, somos y seremos, todo lo que no merece ser olvidado.

Elena Abellán Pérez

Zaragoza (España)

SOÑÉ QUE ERA ÁRBOL

Me desperté de un sueño siendo árbol. Mis pies pronto enraizaron al bullicio de una tierra viva, donde habita la madre sabiduría desde el inicio de nuestro tiempo. La savia corrió por mis venas y el latido del corazón se acompasó al silencio acorchado de una melodía, que solo los árboles saben silbar. Enseguida me sentí arropada por una familia de olivos, acacias, algarrobos, pinos, falsa pimienta, cipreses, moreras. Sentí la gentileza de sus ramas en un abrazo hermanándome a la abundancia y el sosiego de un paraíso, donde nada falta. El día discurrió en un ajetreado silencio, un ánimo feliz y alegre, en una incesante generosidad solidaria con todo el planeta. Así que en este sueño donde fui árbol, para vivir solo necesitaba, silencio, amor, laboriosidad y generosidad. Los mejores amigos, el sol, la luna, el viento, la lluvia, amigos de verdad, los que dan luz, hacen crecer, acompañan y celebran los frutos que al nacer traen siempre un pan entre sus ramas. En este sueño, los seres humanos habían caído presos de una mala profecía, esta especie ahora quemaba bosques, talaba sin piedad dejando a los pájaros sin hogar y al cielo sin su alma gemela. Sintiéndome defensora de mis congéneres advertí que son solo algunos estúpidos, que clavándose una daga en su propia supervivencia, ignoran que la sangre envenenada que brota de su avaricia, la beberá su descendencia. Soñé que era árbol y al despertar lloré ante la impotencia de no haber podido evitar la muerte de las moreras, que desde tiempos remotos, conviven con un pueblo marinero, orgulloso del precioso mar que baña su cala y de sus prósperas moreras, llamado, La Cala del Moral.

Victoria Eugenia Gómez Sánchez

Benalmádena (España)



THE MEMORY OF TREES

Hay una historia de fantasmas que se refugian en las naranjas y otras dicen que viven en los enchufes de la luz, aunque lo que no sabes es que cuando una persona muere de desdicha se convierte en planta. Pero no una planta cualquiera. Casi siempre en un árbol frondoso o un gran arbusto. Precisamente son estos los que ponemos de ornamento y nos dan sombra.

Me gustaba dormir la siesta bajo los árboles. He dejado de hacerlo porque tenía pesadillas. Estoy seguro de que el árbol me contaba sus problemas.

Considero oportuno advertirte que cualquier árbol, arbusto o seto puede contarte sus penurias. Si le haces caso volverás a tu casa apesadumbrado y triste. La población más expuesta a este tipo de encantamientos son los poetas, los solitarios, los taciturnos, los enamorados y las almas jóvenes, de por sí románticas.

Durante un tiempo se tuvieron en cuenta estas historias y se talaron todos los árboles. Los pájaros se fueron. Tardaron varias generaciones en volver a aparecer sobre árboles jóvenes, sin voz todavía. Poco a poco fueron copando parques, jardines y demás espacios abiertos.

Aparecieron otras plantas: los cactus de diferentes formas, aunque los que más acogida tuvieron fueron los de brazos abiertos y los de forma fálica, estos últimos muy apreciados entre mujeres y hombres. Creían que eran la encarnación de un ser bien dotado y sin embargo solo eran viejos decrepitos capaces de dejar de respirar por voluntad propia.

Se me olvidaba el más interesante: el sauce llorón. Su larga melena y su nombre esconden una triste historia.

Manuel Serrano Funes

Valencia (España)

TODA UNA VIDA

Las carreras eran cosa de niños mayores: los siete años establecían esa ansiada frontera y, entre los promotores, hubo un visionario con dotes de liderazgo que abogó por las mixtas. Nos costó aceptar aquellas derrotas de género, con Gala y sus hermanas como protagonistas: una triada de fondistas natas que preferían la ida y vuelta con la plaza convertida en salida y meta. Otros, una única tirada a toda mecha hasta el moreral que crecía más allá del puente. Aquella arboleda siempre estuvo presente. Como decían que sus gruesos troncos sirvieron de paredón en la guerra, en alguna ocasión formamos pelotones contra los apresados en la batalla de turno. Las menos. Las más escenificaron nuestro bosque de Sherwood y las disputas por quienes debían encarnar a los principales personajes. Eso sí, nadie cuestionaba a Martín en la piel de Little John. Las trepamos tantas veces como arqueros acechantes... Saborear sus negros frutos, en las copas redondeadas y abiertamente ramificadas, sumaba en los acontecimientos del estío. A la altura de las ferias y las bajadas al río. Espiábamos a las parejas que se besuqueaban en los bancos, al son de la brisa que mecía el verde brillante de las hojas, y, al medrar, allí experimentamos aquellas charlas cargadas de la tirantez previa al primer beso. Alto obligatorio de los veraniegos paseos de la edad adulta, detonadoras de infinidad de vivencias... Una mañana amanecieron rodeadas de excavadoras y cartelitos protectores, que clavamos a mazazos contundentes en el terreno. No se tocaban. “Por el amor”. “Por sus sombras”. “Por la parada de tío Valentín”. “Por Lady Marian.” “Por Robin Hood.” Porque eran del pueblo al igual que cada morador. Genio y figura, el bueno de Martín apareció con el suyo a hombros. Se le habían pegado las sábanas. Asió el mazo con una mano... “Para que Juan sin Tierra tenga su moral”. Claro que sí. Todos reímos fieles al recuerdo de aquellos chiquillos que fuimos.

Rubén Martín Camenforte

Tarrasa (España)

CARICIA QUYE*

Llamas voraces hacían claros en el bosque, cambiando el tapiz de colores diversos por espacios abiertos y lóbregos. Motosierras preparaban troncos para poder ser transportados a fábricas donde elaborarían con esa madera las piezas más hermosas del urbanismo. Mientras eso acontecía las aves volaban en el vacío absoluto y peregrinaban en lontananza.

El verdor del follaje desaparecía, las enredaderas se volvían espaguetis dóciles que se desprendían sin resistencia de los árboles, hojas marchitas de aquel otoño extemporáneo caían en procesión dolorosa. El pulmón de la tierra colapsaba. En el egoísta corazón humano, casi lleno de ambición y poder, solo cabían cálculos, números, planos y animales de colección. Poco importaba respirar bien.

En un claro de la selva nativa, más allá del Putumayo, los árboles se resistían a ser vencidos. La quema avanzaba a la par de cercas electrificadas que se instalaban para proteger los intereses del gamonal eterno, sus sementales, con ADN de glúteos poderosos el animal animal y con ADN de monstruo infernal el animal humano.

Un árbol en agonía ante las llamas, a sesenta metros del malvado dueño de aquellas tierras robadas a campesinos, se giró y extendió una delgada rama que atravesó nubes y nubes hasta tocar la mejilla del Creador. Posada en ella una avecilla murió y cayó en manos incapaces de sufrir dolor pero que sufrieron al acariciarla. ¡Y una lágrima santa fue el preludio de la hecatombe!

*QUYE: árbol en lenguaje muisca (aborígenes suramericanos).

Alexei de Jesús Sierra Jiménez

Cucuta (Colombia)



A TRAVÉS DE LA VENTANA

Son las ocho de la mañana. El aire está enrarecido. Siento miedo y no sé por qué. Si pudiera volaría como un pájaro. Pero mi cuerpo está retenido en esta tierra, inmóvil, indefenso...

Calle abajo, un camión blanco se acerca. Aparca junto a mí. Descienden tres hombres vestidos con uniforme. Desconfío. ¿Qué hacen? Nunca he sentido tanto miedo. Desesperado, la busco en la ventana. Está cerrada.

Uno de los operarios se eleva sigiloso junto a mí. Un infernal ruido rompe la tranquilidad de la mañana. Siento que algo me atraviesa, que desgarran mi cuerpo. El dolor es muy intenso.

Al otro lado de la ventana ella duerme. La despierta el ruido atronador. Abre la ventana para saludarlo. Desolada, se asoma una y otra vez.

-¡No puede ser, no puede ser! -se repite con lágrimas en los ojos.

Siento que es el final. Un millón de recuerdos vuelven a mí, recuerdo la primera vez que la vi asomarse a la ventana, llena de ilusión, la alegría desbordaba en sus ojos. Con el paso del tiempo su mirada se enturbió de tristeza y soledad. Ya no sonreía, se perdía en la noche contemplando la luna que compartía en la distancia. Y recuerdo a dos niñas que entre risas y sollozos se hicieron adultas con el paso de los años.

Mi fiel amigo desde nuestro primer encuentro. Lo recuerdo muy intenso porque en ese mismo instante te entregué mis más profundos sentimientos. Durante este tiempo has sido testigo de mi historia, de mis alegrías y de mis tristezas, de todos esos momentos íntimos que no se pueden compartir con nadie. Y sin embargo tú estabas en ellos como el gran observador que me ofrecía la serenidad necesaria y acogedora que precisaba. Fuiste también consejero silencioso que dejaba hablar a mi alma mientras envolvías mi corazón herido en una nube de melodías sin fin. Tú, mi fiel amigo, observador de mi mundo de luz y de oscuridad. Te echaré de menos.

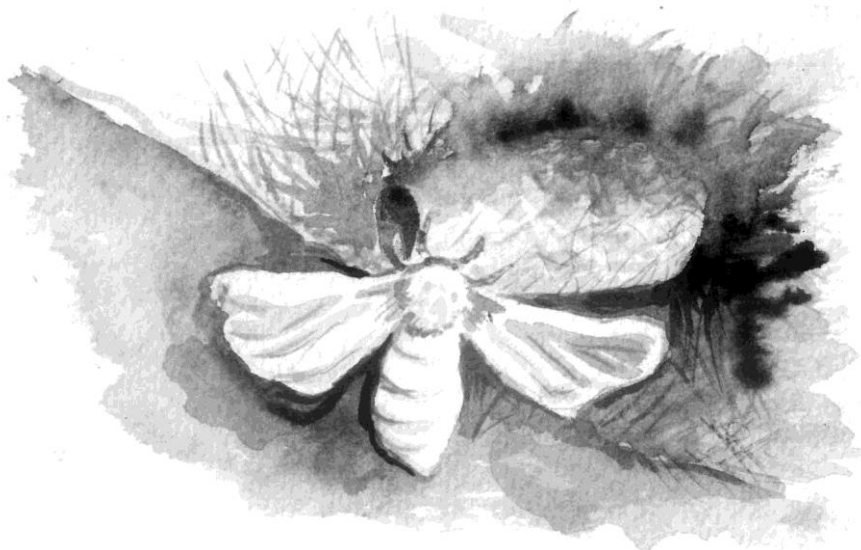
Mi cuerpo se siente herido. Apenas si ya puedo sentir dolor. Ya no veo la ventana, esa por donde compartimos nuestras vidas. Me gustaba sentir sus palabras a veces sin

sonido, y ver en su rostro la dicha cuando nuestras miradas se cruzaban, y me gustaba ser su consuelo cuando las lágrimas cubrían su cara, y participar de su alegría cuando la dicha llenaba su casa... Mi cuerpo, desmembrado. Ya no me siento árbol. No me quedan hojas con que respirar. El verdugo ha ido amputando todas y cada una de mis ramas hasta reducirme a no más de un metro sobresaliendo del abrasador suelo de la calle. Soy un trozo de madera aferrado a la tierra, que mantengo la poca vida que me han dejado y espero a la próxima primavera para hacer brotar un nuevo ramaje, si acaso antes el verdugo, fiel a la orden que ha recibido, no termina su trabajo.

¿Y ella? ¿Seguirá buscándome cada mañana a través de la ventana?

Remedios Saiz Carrasco

Sabadell (España)



DE COPAS Y RAÍCES

Los árboles han acompañado mi vida, como la de todos ustedes me imagino. Cierro los ojos y viene a mí la imagen de aquel cielo rosado que pintaban los durazneros del parque, en la casa de mis abuelos, Carmen y José, cada primavera. Los azahares blancos y perfumados del limonero de cuatro estaciones, evocando el tocado de las novias que emocionadas caminaban al altar. Las veredas de mi casa repletas de las bolitas de los paraísos, que explotaban bajo nuestros pies inquietos, las mañanas húmedas y tibias cuando caminábamos para la escuela y ahí el máximo espectáculo de todos, los jacarandás que al este y al oeste desplegaban su celeste hermosura provocando tupidas alfombras dignas de admirar. Los tilos de la plaza, con su sombra inigualable custodiaban nuestras calurosas tardes de juego. Y los fresnos que soltaban sus hojitas danzarinas, con la primera brisa que corría.

Pero la vida te lleva por lugares impensados y la nuestra sufrió un cambio rotundo cuando dejamos nuestra Rafael Calzada que nos vio nacer y nos mudamos a una chacra, en mi querido O'Brien, en el interior de la provincia de Buenos Aires. Y si de esplendores hablamos, los árboles en las zonas rurales se yerguen majestuosos. Años y años de vida, sin necesidad de poda, pinos, eucaliptos, los aromos amarillos cual rey sol, la palmera de la bella casa que habitábamos enorme y esbelta, hogar de familias de palomas que alborotaban la noche con sus alas y graznidos. Bordear en bicicleta la hilera de álamos, delgados centinelas del camino y de nuestra diversión. Guardo en mi corazón un recuerdo absoluto y detallado de nuestro camino hacia el colegio con frío y escarcha en invierno casi insoportable y un calor abrasador en el verano que nos empujaba hacia las moreras, saltando la cuneta de desagüe, llegábamos a la sombra refrescante de esos árboles añosos que además nos brindaban la dulzura de sus frutos que aunque tibios eran un esperado recreo en nuestro largo regreso a casa. Nuestras mejillas, arrebatadas de calor, solían tornarse grisáceas del almíbar frutal, imposible de ocultar de nuestra madre que enojada nos decía: "¡No coman las moras calientes que les va a hacer mal!".

Hoy, ya grande y en el patio de nuestra casa, disfrutamos en familia de las tarde de mates y bizcochuelo a la sombra de un gran sauce, que otrora fuese una débil y frágil ramita que creció y se consolidó igual que nuestro hogar.

Natalia Lorena Tripiciano

Buenos Aires (Argentina)

EL ÁRBOL CAÍDO

Allá, lejos en el monte, se encuentra el árbol caído. A la distancia se asemeja a un hombre -en su grandeza y pequeñez- que ha sido abatido y ha quedado tirado, de cara al cielo. A su lado, calmos y mansos, pastan caballos que se acercan sin atreverse a pasar sobre él y prefieren rodearlo en busca del pasto tierno que ha crecido a su alrededor. Es un gigante que ha quedado solo en la ladera, víctima de los incendios forestales ocasionados por el hombre y las altas temperaturas. Sus ramas y tronco se encuentran resecos, y aquella parte que se asemeja a un rostro, como todo en él, se encuentra inmóvil; pero curiosamente, es esta inmovilidad la que invita a contemplarlo y compararlo con el hombre. Algunas veces, y por efecto de las intensas e inesperadas lluvias, pues el calentamiento global impide pronósticos más certeros, pareciera que aquel rostro se ilumina y sonríe, pero es a causa de los pequeños arbustos, de un intenso color verde, que nacen con el agua de lluvia y que por momentos recrean su rostro. Y aquellos agujeros negros, que se asemejan a unos ojos, vuelven a brillar cuando los rayos del sol traspasan el follaje de aquellos otros árboles que han logrado sobrevivir a los voraces incendios. Si se mira bien, se puede ver que el árbol caído pareciera sonreír mientras cae la copiosa lluvia que moja su viejo tronco, el que de a poco se va despedazando para fundirse con la tierra que lo acoge solícita. Mientras la lluvia riega el inmenso bosque, sus hermanos, los árboles, aprovechan el fuerte viento para inclinarse hacia él, rindiendo homenaje al árbol caído. Los hombres, en tanto, luchan desenfrenadamente por revertir los estragos causados por el calentamiento global, con la esperanza de recobrar para las nuevas generaciones, una Tierra similar a la que existía en épocas de la niñez, en que la naturaleza y el hombre, eran parte de un todo, como uno solo.

Miguel Enrique González Troncoso

Comuna Florida, Biobío (Chile)



EL ÁRBOL RARO

Había una vez un árbol que a la mañana estiraba todas sus ramas para arriba, para desperezarse cuando lo tocaba el sol. Algunos nidos se quedaban haciendo equilibrio, para un lado o para el otro, con los pájaros todavía dormidos.

Al sol le gustaba el árbol raro, a la lluvia también. Siempre era el más lavado y el que tenía mejor luz. ¡Qué injusticia!, decían otros árboles. Así no vale, le dijo el pino a su vecino, a él le llueve más. Y tiene más luz, agregó el roble, hasta la luna lo alumbraba más.

Un día sucedió que varios pájaros empezaron a mudarse al árbol raro, que era el único que se desperezaba, estirando sus ramas apenas el sol alumbraba el parque. Otro día, otros pájaros también se mudaron al árbol raro, y otro día otros. Y como tantos pájaros no cabían, ¡empezaron a hacer nidos de dos o tres pisos! y hasta pusieron horarios de trinos, para no mezclar los cantos. Después decidieron armar un coro, que empezaba a las siete de la mañana con los zorzales chio chouequi chio chouequi chíó, seguía con los teros teru teru teru, después entraban los benteveos, con bicho feo bicho feo y seguían los chogüí, con chogüí chogüí y otros cantores. El pájaro carpintero hacía la percusión y al crespín y a la lechuza les dieron otras tareas, porque desafinaban. El árbol raro se puso tan lindo y musical que se hizo famoso y se convirtió en la atracción de la ciudad. No pudo desperezarse más cuando el sol lo tocaba, porque estaba con muchos rascacielos de pájaros y se podían caer. Pero le gustaba estar así, ¡tan habitado!

Sucedió que un día vinieron unos vecinos y dijeron: ¿Qué tal si lo adornamos para esta Navidad? y bla bla bla... Los pájaros escucharon los planes, cuchichearon entre ellos y después ¡los sacaron volando a los vecinos! ¡No podrían dormir con tantas lucecitas que se prenden y se apagan!

Y colorín colorado...

Lucía Ana Morra

Rafaela, Santa Fe (Argentina)

EL BOSQUE ENCANTADO DEL ABUELO

El abuelo Facundo heredó la pequeña chacra de su padre Bautista y con ella su ancestro campesino. Situada en la vereda la Linda, al naciente del sol, en algún recóndito sitio en los Andes de Colombia. El bisabuelo desbrozó sus virginales montañas, creyendo inútilmente huir de las mil guerras que desde siempre nos asedian. Allí plantó reales con su familia.

De un peñasco resguardado por una ceja de monte, brota un raudal de agua cristalina; con los años, su caudal fue menguando; sus vecinos a hurtadillas extraían: leña, guadua y depredaban los árboles nativos.

No valieron sus airados reclamos, ni la inútil denuncia ante las autoridades. Cansado de sus sordas demandas, apeló a la propia y sabia naturaleza; observó que el arbusto nativo denominado manzanillo, Pedro Hernández, o chiraco (cuyo nombre científico es: *Toxicodendron striatum*) produce un potente alergeno; basta pasar cerca para que su urticante efecto se desencadene: prurito, eritemas, pústulas y fiebre.

Resolvió, siendo él inmune como pocos a su extraña fitotoxicidad, sembrarlo a lo largo y ancho del bosque, intercalándolo con otras especies nativas; sus resultados no se hicieron esperar; más de un viviente resultó delatado por el endémico arbusto, aliado natural del abuelo Facundo. El arcabuco expandió sus fronteras y el nacimiento recuperó su caudal. Como por arte de magia la fauna nativa repobló su territorio: aves, monos, ardillas, armadillos, perezosos, insectos y bullosas guacharacas, entre otros especímenes, disfrutaban de su hábitat natural; el abuelo Facundo, ahora difunde su saber campesino.

Carlos Eduardo Alfaro Velásquez

Antioquia (Colombia)

EL HOGAR QUE NO ME PUDO QUITAR

La elección le sorprendió en gran medida. Esa tarde, el grupo de alborotados vecinos, reunidos en la vieja plazuela la han elegido para que los represente con gallardía y dignidad. Su objetivo principal será hacerle frente al alcalde, quien aprovechándose de su puesto sigue perpetrando abusos en contra de todos los habitantes.

Ya con el resultado en alas, vuela y se presenta en el ayuntamiento, solicita ser recibida por él y los integrantes de la comisión ambiental. Pero estos, irrespetando sus derechos, se niegan. Le ordenan a Ruffian, el gato protector, asustarla para que se marche. Críalo, al verle, huye despavorida agitando sus afiladas alas de aquel lugar.

Al llegar de nuevo a la plazuela y con la tranquilidad que la caracteriza, sugiere un nuevo plan. Juntos, deben evitar pacíficamente la desaparición forzada de su hogar. La idea comienza a ejecutarse al llegar el ocaso. Miles de aves vuelan en el más absoluto silencio a la casa del alcalde, logran entrar por una pequeña abertura que tiene el ventanal. A ritmo de marcha todos se dirigen a su habitación y comienzan a vocalizar un fuerte canto de reclamo que logra despertarle. Éste, quien sufre de ornitofobia, al verles, huye despavorido a esconderse en la cocina y desde su rincón llama insistentemente a Críalo, le expresa derogar la ordenanza a cambio de que se marchen. Promete consultarles cualquier nuevo plan que desee ejecutar, ha comprendido que son una importante comunidad que practica el parasitismo de puesta en los nidos; una astuta y aventajada especie.

Y con la norma en alas, Críalo junto a sus vecinos logran fantásticamente impedir que el alcalde de La Cala del Moral tale ochenta y siete arboles, los cuales le sirven de hogar durante algunos meses del año. ¡Han salvado a las moreras!

Héctor Daniel Villanueva Jiménez

Barinas (Venezuela)

EL LLANTO DE LOS ÁRBOLES

De los dedos de sus manos brotaron delgadas ramas, de las ramas: hojas y flores.

-Es la primavera -le dijo el anciano sentado junto a él en la sala de espera del doctor.

-Un virus -sentenció el médico y le prescribió regadas cada doce horas (en ayunas).

A los seis meses lo podaron (servicio gratuito del departamento de arbolado público del Ayuntamiento). De las manos brotaban matas de pasto, su piel se fue convirtiendo en corteza, los perros del vecindario lo perseguían y las raíces ya le impedían el desplazamiento. A Florencio Robles lo trataron alergistas, nutricionistas, leñadores, ecologistas, brujos, jardineros, carpinteros, guardabosques... Concluyeron que debían realizar urgentemente un trasplante, el lugar indicado sería el jardín de su casa (la maceta ya le quedaba chica). Hubo muchos interesados que quisieron capitalizar aquella rareza, el propietario del Gran Circo Rassotti lo quería exponer junto a la mujer barbuda; a la comunidad japonesa le atraía la idea de transformarlo en un bonsai; el Jardín Botánico le ofreció estadía gratuita en el predio a cambio de estudios para descubrir a qué familia pertenecía; las maestras de educación sexual del Colegio Sagrado Santísimo Glorificado Inmaculado Corazón de la Virgen Impoluta lo invitaron a sus clases para demostrar como la “semillita” que papá “siembra” en mamá se convierte en un nuevo ser. De sus articulaciones comenzaron a brotar protuberancias que le hicieron pensar en quistes o tumores. El doctor no anduvo con vueltas:

-Son ciruelas. Y en la rama de la espalda le están saliendo peras y en la zona del pubis naranjas.

Evitó hacer ese comentario en su casa porque quizás a alguno se le hubiese ocurrido poner una frutería. Cambió sus hábitos. Pensó en las ventajas: ya no debería afeitarse todos los días, ni viajar en atestados subterráneos, tampoco soportar al jefe; ahora podría gozar de un bello atardecer, dar sombra a sus padres, sostener la hamaca de los hijos y llorar los días de lluvia sin que lo advirtieran.

Murió de pie, a los cien años. Con la madera de su cuerpo hicieron el ataúd.

Gustavo Eduardo Green Sinigaglia - San Antonio de Areco (Argentina)

EL ORIGINAL

No debía olvidarse de comprar tomates. Siguió tirando del carro mientras repasaba mentalmente la lista de la compra. Tomates de ensalada, de esos que solía almorzar su abuelo sentado en la puerta de la casa. Sonrió. Dos estanterías más allá tenían el pimentón. Se acercó a mirarlo con detenimiento. Este parece bueno, aunque no será tan bueno como el que ponía mi abuela en los guisos. Su mente volvió a viajar a aquellos veranos que pasaba en el pueblo. Su abuela, con su delantal siempre, cocinando esos guisos que inundaban con su olor la casa y toda la calle. Las ventanas y las puertas abiertas por donde se asoman los vecinos para comentar que Josefa estaba haciendo una paella. No sabía por qué le habían venido esos recuerdos a la cabeza ahora, pero le gustaban. Recordó el sonido de las hojas de la morera que había en el patio, ese sonido suave y fresco cuando el aire soplaba ligero. Ese sol que calentaba fuerte mientras ella pedaleaba la bicicleta heredada que era su mayor tesoro.

Al girar por las estanterías comprendió de donde le venían esos recuerdos. Había un pequeño stand con unos frasquitos de colonia encima. El aire estaba lleno de olores frescos que casi parecían naturales. Todos se mezclaban dejando el ambiente pegajoso y dulzón. Unos sobresalían más que otros y pudo distinguir la azúcar prefabricada de las moras embotelladas, y el limón que era más ligero y menos ácido. Había otros olores en esa danza; parecía espliego, pero no lo tenía claro.

-Señora, ¿quiere llevarse uno? -un joven la miraba mientras sostenía una cajita negra con letras blancas que incluía el frasco minúsculo de colonia.

-Gracias -le dijo sonriendo-. Prefiero el original.

*M^a Lucía Hernández García
Torrent (España)*

EL POZO DEL DESIERTO

Hay un pozo, en el desierto del Sahara, en un lugar donde la capa freática toca la superficie. Debe ser mantenido limpio por los hombres, para que la arena no lo llene. Junto al pozo crece una palmera datilera. Bajo la palmera, un charco miserable de agua, sucia y salada. Para los viajeros y peregrinos que han caminado cientos de kilómetros, para las gargantas encendidas que han experimentado los vientos de la meseta, ningún palacio en el mundo podría valer lo que vale aquella agua, llena de arena y viscosa. Hace muchos años, llegué agotado al oasis. Era un día ventoso del invierno. La piscina estaba seca. Excavé un metro de tierra, antes de que comenzase a salir, gota a gota, medio litro de agua sucia. He dado mi contribución a la preservación del pequeño hoyo. El viento había derribado algunos dátiles. Me aproveché del regalo y los comí. Me quedé dormido, envuelto en mi albornoz, en compañía de fantasmas y recuerdos de ese lugar, mucho más significativos que los de un castillo escocés. No sé cuánto tiempo duró, no vi a alguien más llegando al oasis, mientras yo estaba inmerso en el sueño.

Dormí en paz con el mundo, en la noche fría del desierto. A la mañana siguiente, alrededor del hoyo de agua revitalizado, todo un enjambre de vida: escarabajos y escorpiones venían a beber. Después, aprendí que aquel oasis era llamado *Jassi yenún*, “el pozo de los espíritus”. Nadie había encontrado agua durante quince años. Sólo la palmera sobrevivía, hundiendo sus raíces en un misterioso arroyo subterráneo.

Me gusta pensar que en algún lugar, en la nada del gran desierto, un viejo con la cara velada todavía recuerda mi nombre, como el del *rumi* (blanco, europeo) que un día le dio nueva vida al pozo de los espíritus.

Alberto Arecchi

Pavía (Italia)

EL ROBLE

Sobre un monte estaba, sentía la brisa en cada centímetro de mi gran corteza, las aves y los pájaros se servían de mi sombra y abrigo.

La lluvia regaba mis raíces y con solo un poco de sol, ellas crecían profundamente, en lo hondo de la tierra.

Les di sombra a los animales sedientos, y hojas a la tierra para que estuviera nutrida y fértil, así, crecerían más árboles, más vegetación, más flores y con ello habría más vida.

Durante mis años de juventud, fui reparo de cientos de animales salvajes, pude hacerle frente al frío, a los vientos y a las grandes tormentas.

Pero un día apareció “el hombre”. Es curioso que con su inteligencia, con la cual poseen tantas comodidades, y viven tantos años, no disfruten, ni se conecten con su planeta, están cubiertos de cemento, tanto, que por días enteros, no ven el sol, poseen las flores estampadas en paredes y manteles, pero las ignoran en la naturaleza, permanecen rodeados de elementos que les sirven para comunicarse, pero por el contrario, cada vez están más distantes, más solos, y más tristes.

Los he visto en mis últimas décadas, buscaban mi sombra para sus hijos, ellos se divertían trepándome, yo era el único árbol de la cima del monte.

Pero un día, unos vestidos de traje me estuvieron observando, me midieron y sacaron cálculos, reconozco que me preocupe un poco, sobre todo cuando uno exclamó:

-¡Es demasiado viejo!

¿Viejo?, pensé yo, aún me faltaban muchos años de vida, mi ciclo aún no se había cumplido.

El día que me hacharon, necesitaron varios hombres, sentí un gran dolor, pero no por el hacha que se hundía en mi corteza, sino por las aves que perderían su cobijo, por la

sombra que dejaría de proteger a tantos animales, por el oxígeno que aún podía brindar a tantos seres vivos, solo dije gracias a la madre tierra y me despedí.

Mi lugar, mi espacio, mi hogar, por cientos de años fue cubierto por cemento y allí se construyó una carretera.

Así terminó la vida del árbol más fuerte y hermoso de todo un monte.

Me contaron que muchos pájaros que extrañan mi presencia, vuelven al lugar donde pasaba mis días, y permanecen largas horas, buscando sobre el cemento frío mis semillas, que es el último rastro de mi vida... allí.

Lorena Jelves

Entre Ríos, Rosario /Santa Fe (Argentina)



EL SAUCE Y EL VIEJO

El sauce entristecía aquel día que ya llegaba a su fin.

Es curioso cómo se amolda el ánimo a todo lo que no es material y esporádico, pero más curioso es ser consciente de que una simple caricia puede derrumbar las murallas más sólidas, las ideas más interiorizadas. Me ocurre ahora, entre hojas que lloran e ideas que cuelgan. Un soplo de terciopelo que raya con delicadeza el escudo de la creencia, y de la vida en sí misma; un arma mortífera cuando ésta se enfrenta a meras conjeturas, adoptadas de extraños que una vez se volvieron conocidos, amigos, familia, y que, por falta de sabiduría o exceso de ignorancia, volvieron al anonimato, ocultos entre reproches personales. Todo por aferrarse a ideas ajenas y preconcebidas. Nos ocurre en la adolescencia, en la iglesia o en el juzgado, y hasta en el final de nuestros días, cuando deseamos vivir para siempre... ojalá fuese un conciencioso ignorante, ojalá recordase la mitad de lo que me gustaría olvidar y así poder morir en paz, porque es el conocimiento lo que en todos estos años me ha hecho querer aprender más y a la vez cargar con más dolor; a cada hoja leída me surgían nuevas dudas, y con cada libro cerrado empequeñecía en el salón, agrandando mi abismo. Ahora cruzo bajo el sauce, sus hojas me acarician el orgullo, un orgullo que llora por haberse creído tan grande, tan magnánimo, cuando en realidad no era mayor que la menor de las motas del polvo al que empiezo a regresar.

No, no saldré de este colosal vegetal, aquí nadie me ve, nadie puede reír al contemplar mi fin, nadie puede despedirse de mí, nadie jamás verá que no fui nadie, solo mis raídas ropas encontradas por maldita casualidad darán pie a conjeturas, todas ellas más benévolas que la nefasta realidad. Mis medallas, con cuyo metal podría haber dado de comer a tantas familias, son mi carga y el único testimonio que dejo de mi necesidad humana, medallas que no debí colgarme jamás, pues su peso hundió mi humildad y ensalzó mi ego y mi daño, medallas de ignorantes entronados. Quizás es lo único que he logrado salvar de mí, una solitaria victoria en el ocaso: nunca presté mi juicio para coronar a nadie, no cargué con la frustración del fracasado ni la gloria del vencedor, eso es lo que escribiré en el tronco de este magnífico sauce que abre sus pies para acogerme sin ceremonia, descalzo. Léeme, pero no me odies ni me ames, pueserrarás, solo siente que estás vivo, y que tras esta cúpula verde se esconden todos tus prejuicios. Ve sin conocimiento, aspirante a escritor, y escribe libre.

Jesús Sánchez Tovar - Siete Aguas, Valencia (España)

EN BUSCA DEL ÁRBOL PERDIDO

Mi abuela no apreciaba a la morera de su patio, decía que cuando fructificaba las moras le manchaban (de morado, obviamente) todas las baldosas. Pero como ya estaba allí cuando ella heredó la casa, jamás se le ocurrió arrancarla. A mí, en cambio, me fascinaba ese espécimen de *Morus nigra* que hacia el mes de octubre comenzaba a florecer y en noviembre soltaba sus frutos maduros. Estos minimisiles oblongos se pegoteaban en el suelo, convirtiendo a las baldosas amarillas en un bello enchastre parecido a una pintura “caminable” de Jackson Pollock: otra vez la naturaleza imitaba al arte. Si abuela no las aprovechaba para hacer mermelada, yo las usaba para demarcar el circuito por donde corrían mis cochecitos de colección. Desde siempre el color morado está indisociablemente atado en mi memoria sensorial a ese árbol.

Hoy por la tarde regresó ese recuerdo empastado en amarillo y morado cuando descubrí con pena que el Intendente había hecho talar la morera de la plaza central de esta ciudad sudamericana en donde vivo. Triste memorabilia: sólo quedaba de ella su tocón, que los descarados con motosierra luego habían decorado pintándole florcitas y pajaritos, como si el guillotinado fuera una fiesta. Pero había un detalle aún más hipócrita: junto al cadáver pintarrajeado de la morera las “autoridades” clavaron un cartel donde se informaba que la habían extirpado con fines de “reciclaje”. ¡Extraña manera de practicar la ecología arrasando con los árboles! El moral respiraba salud, y los inmorales simplemente necesitaban el espacio. Hubieran pergeñado una excusa mejor, pensé, pero la impunidad del poder es tal que hasta se pueden permitir burlarse de los vecinos y sus votantes (categoría ésta entre los que por suerte no me cuento).

Morera por ausencia, morera en presencia. Seguí paseando a mi perrita atrincherado en el recuerdo tibio de esa patria íntima y querida, la de la infancia.

Maximiliano Sacristán Bullo

Buenos Aires (Argentina)

ENCUENTRO INTERGENERACIONAL

Todo transcurría en una acogedora localidad malagueña, en uno de los frecuentes momentos en los que la abuela y su nieto pasaban felizmente su tiempo. En la buhardilla, donde parecían surgir, con pasmosa facilidad, esas ingeniosas conversaciones, la anciana regaba la fecunda imaginación de su nieto. Una tarde del mes de octubre, la abuela Josefina le decía:

-¿Qué tal, Tomás? ¿Cómo han ido hoy las clases?

-Bastante bien, me han enseñado cosas buenas y no me han llamado la atención.

-Estoy contenta de que aprendas tantas cosas y de que prestes atención a tus maestros. Hoy te voy a contar una breve historieta. Las protagonistas son las moreras, que ya se encontraban entre nosotros en la época de Al-Andalus. ¿Me sigues?

-Sí, sobre esto ya nos han explicado algo en clase de Historia.

-Estupendo; las moreras no llegaron a nuestras tierras por casualidad. ¿De qué es alimento la morera?

-¡De los gusanos de seda!

-Efectivamente, la seda era una materia prima importantísima en Al-Andalus. Con ella, los tejedores confeccionaban las mejores telas de seda del mundo conocido.

-O sea, ¿quieres decirme que el comercio de los tejedores dependía en gran parte del árbol de la morera? Lo digo porque sin el alimento que dan sus hojas a los gusanos, estos no podrían fabricar su seda...

-Eso es.

-Está claro. ¿Cómo iban a conseguir los tejedores la seda de sus gusanos sin estos árboles?

-Pues tras haber pegado un salto al pasado, regresamos al 2021, muy mal año para nuestras valiosas amigas, las moreras.

-Pero, ¿cómo? ¿Qué les ha sucedido?

-En Cala del Moral, donde vive tu tío Enrique, han tomado una mala decisión los gobernantes del ayuntamiento.

-¿Qué decisión? ¿Qué gobernantes?

-Los que mandan, unos pocos hombres grises, desmemoriados e insensibles han decidido talar y hacer desaparecer las vetustas moreras.

-¿Qué han acabado con la vida de nuestras queridas moreras?, pero ¿por qué?

-Porque decían que era un estorbo y una molestia para reformar y mejorar la acera... Los vecinos hicieron una cadena humana para mostrar su repulsa a la tala y, a pesar de no haberla detenido, ese gesto vecinal se ha convertido en el inicio de un infatigable movimiento comunitario en defensa de la naturaleza.

Francisco Picallo Mayol

Palma de Mallorca (España)



GUSANOS DE SEDA

A Samuel le regalaron en el cole una caja de zapatos: estaba llena de unas minúsculas bolitas. Eran huevos, cientos de huevos. Si los guardaba en la calidez de su casa, en la primavera saldrían de ellos incontables gusanos de seda, al principio muy pequeñitos, casi como hilos; si los alimentaba con hojas de morera, los vería crecer a ojos vistas hasta que se encerrasen en un capullo de seda para convertirse en mariposas. No debería darles hojas de lechuga, porque les sentaba mal y se morirían.

En la ciudad de Samuel era fácil encontrar lechuga; la vendían en todos los supermercados y además era barata. Pero él nunca había visto un moral. A sus ocho años los árboles no habían sido motivo de su interés y no distinguía un falso plátano de una acacia, un moral de un liquidámbar. Por eso le preguntó a su madre:

-¿Hay algún moral cerca? Necesitaré sus hojas para que no se mueran.

Pero su madre no supo decirle. Su maestra le dijo que tal vez el jardinero municipal se lo podría indicar pero el empleado no le dio buenas noticias: antes había muchos en los márgenes de la antigua vía del tren, pero los arrancó el ayuntamiento para hacer un camino de recreo destinado a los domingueros.

Samuel recurrió a la bibliotecaria, que tenía fama de sabia, y ésta le dirigió al patio de la residencia de mayores, donde había cuatro inmensos ejemplares. Claro que tendría que pedir ayuda, porque él nunca podría alcanzar las ramas por sus propios medios.

La directora le dio permiso con la condición de que fuera los sábados o los domingos a mostrar sus gusanos de seda a los residentes; a cambio le rellenaban su bolsa con tantas hojas, que no tuvo que recurrir a la lechuga del súper. Cuando los ancianos le veían salir radiante con su preciada carga para la semana, se acordaban de cuando eran niños y tenían esa misma ilusión. Y se quedaban sonriendo bajo la protectora sombra de los morales.

Jesús Jiménez Reinaldo
Rivas Vaciamadrid (España)

LAS CUATRO ESTACIONES SIN VIVALDI

Blanco botón, tú que acabas de brotar, minúsculo y tierno, en la punta de una rama aún seca. Blanco botón, desperézate, crece, ábrete al mundo.

Es primavera: vístete de verde claro, vístete de verde oscuro. Déjate mecer por los vientos de marzo, déjate empapar por las lluvias de abril. No envidies los colores de mayo, pintados en las flores a tus pies. Tan solo respira y palpita, sáciate con la savia nueva que te inunda impetuosa.

Cuando lleguen los fuegos del verano, busca el cobijo de las hojas más grandes para no languidecer. Sesteo bajo el sol, susurra bajo la luna. Disfruta de la lenta caricia de las gotas de rocío resbalando por tu cuerpo flexible, brillantes caleidoscopios en el rosado amanecer.

Vístete de amarillo, de ocre, de castaño rojizo. Vístete de marrón otoñal. Suelta amarras, planea suavemente hasta el suelo, como esa pluma que perdió un gorrión. Disfruta del viaje. Piérdete en el pardo tapiz que alfombra las aceras, las calzadas, los jardines. Huye del barrendero aplicado y del niño curioso; esquiva botas de agua, tacones de aguja, suelas de tafilete. Deslízate bajo un arbusto y contempla cómo transcurre el mundo al otro lado.

Con los gélidos vientos de enero, revolotea de acá para allá, enrédate en las piernas de los transeúntes, juega al pilla-pilla con los perros. Y, con la escarcha de la madrugada, vístete de blanco como cuando eras un blanco botón, antes de desperezarte, de crecer, de abrirte al mundo. Blanca hoja de invierno.

Ana M^a Abad García
Tres Cantos, Madrid (España)

LAS CUATRO MORERAS

El día en que explotó la bomba me encontraba en la fábrica de seda de Ugina, a donde había llevado una carga de capullos en mi triciclo. No resultó apenas dañada y debería sentirme afortunado, pero perdí a mi esposa. Mi hija salió afectada, aunque salvó la vida al encontrarse dentro de un tranvía de Hiroden atestado que le proporcionó protección.

De mi casa solo quedaban unos vestigios ennegrecidos, como del resto de la ciudad de Hiroshima. Ya habían pasado tres meses desde la explosión y me dispuse a levantar un tosco cobijo con residuos de maderas; para guarecerme del invierno en el solar que limpié con ayuda de mi entrañable vecino.

En el patio en el que cultivaba los gusanos de seda solo quedaban en pie los renegridos troncos de las cuatro moreras que tenía en cada esquina, como luctuosos candelabros de una ceremonia fúnebre que se oficiara bajo ellos. Le pedí a mi vecino que los respetásemos así. Tuve una intuición. Dos meses antes un manto de verdor fresco que creció incluso entre los cimientos de las ruinas lo había cubierto todo. La hierba y las flores silvestres maquillaron las cenizas y aportaron los arreglos florales al enterramiento de la población. La bomba había estimulado las raíces de las plantas. La nueva vida tras la muerte.

Y así, en mayo de 1946 las moreras echaron nuevos brotes y acercaron al cielo un verdor que hasta ese momento se extendía solo a ras de tierra. Al cobrar tamaño las hojas se mostraron como las manos de conciudadanos que clamaban por justicia y paz entre los hombres. Pero también dejaban prueba de la valentía de unos seres vivos que habían permanecido firmes en su lugar, y a los que no habían podido doblegar. O así los vi yo.

Manuel Peris Junco

Las Rozas, Madrid (España)

LOS BASTIONES DE LAS MORERAS

Mosh recibió la herencia terrenal de sus padres, la cuarta parte de una gran hacienda, colindante con la aldea Olop-Oveun —. Sus hermanos tenían planes de vender y largarse del lugar —. Mosh, heredó por decisión mayoritaria, el área más irregular en su topografía —, afectada por las rondas hídricas que la atravesaban e impedía su desarrollo urbano —. Cierta día, colocó un letrero en la entrada de su predio, justo sobre el portón de entrada —, que decía: *“Urbanización Ecológica ‘Futuro de Las Naciones’ — aquí habitarán los mejores seres vivientes del planeta”* —. Costo: *Gratis* — modo de adquisición: — *diligenciar un formulario de un solo punto* —. La fila era extensa, se recibían doscientas personas diarias —. Todos leían el documento, se marchaban decepcionados sin diligenciarlo —. Uno de ellos, tomaba el brazo de los que salían del lugar y les preguntaba: *¿Qué tan difícil es?* —, más que difícil, es la ignorancia que nos supera —dijo el primero —. Otros movían su cabeza en señal de vergüenza —. Llegado el turno de esta persona —, quedó absorta, por su punto a responder: *“Cite diez especies de animales de Olop - Oveun en vía de extinción”* —, al postulante que le siguió: *¿Cuántos riachuelos cruzan el territorio de Olop - Oveun?* —, doscientos puntos diarios diferentes, durante los trescientos sesenta y cinco días de ese año —. Cuentan en la aldea, que las personas se reunían para estudiar los temas —, pues, existía la probabilidad que los turnos se repitieran —. Mientras, al interior del predio de Mosh, crecían los “mejores seres vivientes del planeta” — especies de fauna y flora nativas de esa región, protegidos por los hijos de las almas inmigrantes de las Moreras caídas en el Rincón de la Victoria, comarca de la Axarquía —, sembrados en el perímetro del terreno —. En Olop - Oveun, por el conocimiento adquirido —, más que decepción —, se convirtió en pasión, la protección a la naturaleza, incluidos los Oloveunenses, especie humana en vía de extinción —, quienes compraron las tierras de los malfechores dueños. Hoy es una reserva natural latina: “LOS BASTIONES DE LAS MORERAS”, en memoria de las valientes guerreras.

*Byron Luis Vacca Pertuz
Barranquilla (Colombia)*

MIS RECUERDOS CON MOJOSO

Mi padre se levantó temprano y subió al alto donde divisaba toda la finca. Vio los cafetales florecidos y la quebrada grande donde se bañaba todos los domingos con mi madre antes de emprender la ruta hacia el pueblo. Luego a paso ligero llegó al lugar donde yo había enterrado a mi perro Mojoso hacía tres años. Hoy notó que la flor que le habíamos sembrado eran ya tantas que parecía un jardín. Suspiró profundo y luego silencioso se quitó el sombrero que mi hermano Cristóbal le había regalado en el cumpleaños cincuenta y cinco, y se arrodilló. Nadie escuchó lo que le dijo, a lo mejor si Mojoso que ya no era una flor sino un ciento de flores amarillas. Luego tomó tres de ellas y cuando iba llegando a la casa lo escuchamos cantar. Salí corriendo y al verlo le pregunté: ¿Quién está cumpliendo años hoy? Mojoso y él querrán sin duda alguna que sembremos estas tres en las esquinas de la casa.

¿Por qué en las tres esquinas y no en las cuatro? Le preguntó mi madre. Mi padre quitándose el sudor con el dorso izquierdo de su mano le respondió: “Es que está cumpliendo tres años y pronto estas se multiplicarán por cientos igual que su tumba”. Cuando regresé de vacaciones y me asomé al filo vi a mi madre regándoles agua y a mi padre podando algunas ramas que llegaban a la ventana. Mi madre y mi padre corrieron y me abrazaron. Solté de inmediato una lágrima y luego otra. Ellos comprendieron mi felicidad pero también extrañé a Mojoso que era el primero en saludarme y lamer mi cara. Cuando me regresé me dieron una flor que la guardé por mucho tiempo en mi cuaderno de notas donde empecé a escribir poesía, cuentos, novelas y obras de teatro.

Chevick Giraldo

Idaho (Estados Unidos)

RAMAS CAÍDAS

El ciprés entonaba dulces canciones de cuna que mecían con ternura las hojas caídas; el árbol de goma amamantaba con su resina las bocas sedientas de llanto; las palmeras retenían el agua con ahínco, como quien se aferra a una esperanza, y luego la derramaban con alegría al paso de las dos pequeñas para limpiar la tristeza de sus mejillas. Las niñas, renovadas a través del tacto del agua, sonreían a los sauces y correteaban juguetonas entre las encinas, arrojándose pequeñas bellotas que flotaban en el aire como si la atmósfera fuera una suerte de espuma ligera, un algodón invisible; hasta que la realidad entraba por la puerta, y las bellotas caían como el plomo de una bala de cañón, como cae la inocencia en medio de una guerra, como el misil que años atrás invadió su casa.

Ella se tomaba la pastilla que le dejaban junto a la cama, y con los ojos vacíos e inertes, observaba el techo blanco con indiferencia hasta volver al bosque de los sueños, en donde sus hijas seguían vivas.

Jorge Ramos San Martín

Palencia (España)



REQUIEM POR UN VECINO

Añorado vecino, no te puedes imaginar cuánto te echamos de menos en el pueblo. Nadie puede entender cómo pudo suceder una tragedia semejante, sin razón aparente y cuando aún te quedaba tanto por vivir. A todos nos partió el corazón tu pérdida aunque debes saber que hicimos todo lo posible por evitarla pero por desgracia, ahora ya solo nos queda lamentarnos y honrar en lo posible tu memoria.

Todos te recordamos como lo que en realidad fuiste, un ser alegre y lleno de vitalidad, siempre generoso, amante de los animales, fiel compañero de tertulias en las calurosas noches de verano, notario discreto de discusiones, besos furtivos y confidencias de todo tipo.

La calle no es la misma sin ti y para colmo donde tú morabas han construido plazas de aparcamiento como si esto fuese una gran ciudad y necesitásemos ese tipo de modernidades que deterioran nuestro paisaje típico de pueblo andaluz.

Sabemos que hubo gente poderosa en la sombra que lo planeó todo sin tener en cuenta que tus ancestros se remontan a siglos atrás formando parte de la historia viva del pueblo, conviviendo siempre en perfecta armonía con nosotros. Tampoco les ha importado que tú y los tuyos hubieseis contribuido de manera silenciosa pero decisiva al desarrollo de la economía local de una manera tradicional, sostenible y respetuosa con el medio ambiente, nada de eso lo han tenido en cuenta.

Por el contrario, esas personas quieren minimizar tu pérdida alegando que ya no eras importante, que tu papel en la sociedad había finalizado, que eras poco menos que un estorbo para el desarrollo económico y urbanístico. Pero nosotros sabemos que esa gente anda escasa de sentimientos y corazón y en la mayoría de los casos solo les mueve el dinero sin llegar a entender lo que significa realmente la esencia de un pueblo que ama y cuida a sus vecinos, a todos ellos sin excepción, incluida tú, añorada morera, legendario símbolo de nuestra historia.

*Juan Antonio Trillo López
Beas de Granada (España)*

RETRATO SORDO

Lamió la última cucharilla del bote vacío de mermelada de moras, y este sencillo gesto la transportó tiempo atrás en el calendario, cuando ella y su hermano en las últimas tardes de verano corrían, cesta de mimbre en mano, a zamparse dos de cada tres moras que recogían. Y aún así, el cesto se llenaba, y la abuela les ayudaba a transportarla; puesto que una vez saciados del dulce manjar destinaban la energía a revolotear por el parque, subir y bajar árboles, esconderse entre los matorrales y pintarse de tierra el alma.

Elvira pasó la lengua por la comisura de los labios, manchados finamente con este recuerdo. Se levantó y llamó a su hermano, que aún vivía en el pueblo. Le apetecía volver para pasear el paso del tiempo. Visitó al hermano; se llenó del olor a familia y del gusto a besos. Y los dos, bastón en mano, se dirigieron al desolado paseo; ni sombras, ni ramas, ni hojas ni moras. Tierra batida, raíces mudas, sol quemando el suelo.

Y aquellos llantos que le habían llegado a Elvira, ella decidió transformarlos. Se habían desoído los clamores y sordos habían actuado, despojando uno a uno los 87 guardianes. Se miraron los hermanos y guiñando un ojo empezaron a entonar la canción que cantaban antaño, y al paso iban recogiendo semillas que parecían emerger de la nada.

Pararon en la plaza donde se habían reunido muchos vecinos, con repletos bolsillos, con tiestos, con agua, con brillo.

Una anciana musitaba una canción, los jóvenes el ritmo acompañaban y sembrando magia y amor todas las semillas fueron enterradas. Los cánticos duraron tres semanas, de relevos incansables y palmas; y sin poder explicar más, de metro y medio de alto fue la plantada en el Rincón de la Victoria donde un día alguien decidió que la sombra le molestaba, y con razón o en el error sordo se tornaba.

*Nuria Casas Caritg
Torrelló, Barcelona (España)*







Desproporcionada actuación de diversas fuerzas del orden, ante una protesta pacífica.

El alcalde Francisco Salado no quiso recibir a los vecinos hasta que no hubo arrancado el último árbol de la avenida



La Cala no se tala

más árboles más vida



A handwritten signature in black ink, located in the lower-left corner of the page. The signature is stylized and appears to be 'Luis'.



?:c



Edita Asociación "Moral y Acción Verde" del Rincón de la Victoria